

TAUM, CAZADOR ESTELAR

LAW SPACE

Taum, cazador estelar

COLECCIÓN

ESPACIO

Taum, cazador estelar

por

Law Space

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos en Estados Unidos
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
Box 266
MALIBU, CALIFORNIA - U. S. A.

© Ediciones Toray, S. A. 1958

Depósito legal B 6478 - 1958

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones Toray, S. A. — T. Llorente, 13 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

EL vehículo, que había tornado la «Super-Pista-6», que atravesaba Europa y África, despegando de Oslo hasta la Ciudad del Cabo, avanzaba, por la Sección Privada, a una velocidad cercana a los seiscientos kilómetros-hora.

Seis propulsores lo impelían, como una flecha, sobre la fina superficie de «plastik» que cubría la autopista. Y sus tres pisos, plenamente iluminados, no eran más que una especie de estela que desfilase vertiginosamente por entre la iluminación indirecta de la carretera.

El propietario de aquella maravilla, Harry Silver, bailaba en la pista del tercer piso de su «auto», enlazado a la graciosa silueta de Yolanda Cower, su actual prometida, Y junto a aquella pareja, otra, formada por Charles Oppel y Lucy Henderson, se movía a los acordes del aparato de televisión, que estaba transmitiendo un programa, en «color-scope», que se llevaba a cabo en la ciudad sudamericana de Buenos Aires

Sentado en el fondo del salón, Fred Larman, el otro invitado de Harry, miraba, constantemente, hacia abajo, sintiendo el silbido de los

cohetes propulsores, que le entraban en la carne como agudos cuchillos.

Como siempre, había seguido a Silver por la fuerza de las circunstancias. Y, como siempre, maldecía el no tener dinero suficiente para poder vivir a su antojo, sin tener que pegarse a un amigo como una ventosa por cuyo interior circulase el dinero con bastante facilidad.

De haber poseído dinero, no se vería ahora obligado a seguir a Harry en aquella loca aventura y, mucho menos, a haber montado en aquel endiablado vehículo que, a pesar de circular por una Sección Privada (cuyo alquiler debía haber costado una fortuna a Silver), podía salir lanzado de la autopista, estrellándose, cincuenta metros más abajo, contra el duro suelo.

¡Y ellos bailaban tranquilamente!

Personalmente, Fred hubiese preferido hacer aquel viaje en el tren, en un avión o en cualquier otra clase de vehículo, excepto en el nuevo «cacharro» a propulsión que Harry se había comprado. Porque, a pesar de la utilización de las «Súper Pistas» —especie de puentes que cruzaban el Continente, a cincuenta metros de altura— ningún conductor era tan loco como para dejar la marcha del vehículo al piloto automático, abandonándolo a aquellos seiscientos kilómetros-hora...

Fred volvió a beber, pensando que el alcohol mitigaría un tanto sus sufrimientos.

¡Y todo por la falta de dinero!

Claro que él podía estar empleado en cualquier sitio, dependiendo de un buen sueldo; pero, para su desgracia, prefería aquella vida muelle y fantástica que llevaba al lado, del multimillonario que, por otra parte, se había acostumbrado tanto a la presencia de Larman, que no podía prescindir de él.

Fred comprobó que el sudor seguía perlando su frente y que el sonido de los cohetes propulsores era, para él, mucho más intenso que el de la música que surgía del aparato monumental, situado en uno de los ángulos de la elegante cabina-salón.

Amplios ventanales transparentes cubrían toda la parte superior del vehículo, permitiendo ver, durante el día, la belleza del paisaje que atravesaban; pero ahora, en plena noche, no era visible más que la línea verdosa que la velocidad hacía parecer las luminarias de la carretera.

De vez en cuando, los reflectores aéreos de alguna gran ciudad se dibujaban, un corto instante, allá, a lo lejos; pero no era más que un relámpago efímero, que muy pronto era sustituido por las densas tinieblas nocturnas.

La música acababa de cesar y Lucy, aquella espléndida morena, se

soltó de los brazos de Charles Oppel, corriendo junto a Fred, que estaba al lado del bar.

—¡Dame algo de beber, cariño! ¡Estoy sedienta!

Larman se apresuró a servir a la muchacha, que se había sentado a su lado. Ella, cuando tuvo el alto vaso en la mano, se lo llevó a los labios, apurándolo de un solo trago; después, con voz afectada, dijo;

—¿No bailas, Fred?

—No tengo ganas.

Ella, maliciosa, sonrió. Y lo hizo porque conocía perfectamente el motivo de aquella pasividad forzada del joven:

—El miedo.

La cobardía de Fred era famosa y servía de burla para todos los que le conocían; pero, de todos, Lucy es la que hallaba más ocasiones de aumentar el pánico de aquel muchacho que, sin poderlo remediar, sufría lo indecible.

Por eso, volviéndose hacia Harry, que se había sentado al otro lado del salón, junto a la linda Yolanda, gritó, con una sonrisa repleta de complicidad:

—¿Pero qué le pasa a este «cacharro», Harry?

El joven Silver levantó la cabeza.

Tenía un rostro agradable y los cabellos rubios le caían sobre la frente, prestándole un aspecto de «muchacho malo», que no dejaba de favorecerle. Era fácil descubrir en su mirada la luz voluntariosa que le había dado el saberse inmensamente rico y, por ende, capaz de conseguir todo cuanto se proponía.

—¿Qué ocurre, Lucy? —inquirió, ya que estaba distraído con su prometida y no había oído las palabras de su invitada.

—¡Tu «cacharro», Harry! ¿Qué diablos le pasa?

—¿Qué quieres decir?

Ella le guiñó un ojo, haciendo, al mismo tiempo, un rápido gesto hacia Fred, que estaba a su espalda.

—¡Que parece una tortuga, amigo mío! Me habías hablado tanto de tu bólido, que llegué a creer que era algo verdaderamente formidable.

Harry, que había entendido perfectamente los propósitos de la muchacha, sonrió a su vez y exclamó con voz falsamente lastimera.

—¡Tienes razón, Lucy! ¡Este trasto parece que no se mueve! Pero, no te preocupes, el constructor me dijo que podía llegar a los ochocientos kilómetros-hora, y voy a verlo ahora mismo.

—¡¡No!!

Fred no pudo evitar aquel grito que le salió de lo más hondo de su ser; la palidez de su rostro se había acentuado fuertemente.

Haciéndose el sorprendido, Harry se volvió hacia él.

—¿Decías algo, amigo mío?

Aquel tono de voz: era el que más temía el desdichado de Larman. Cada vez que su mecenas lo utilizaba, le parecía oír, por encima de las palabras que Harry pudiese pronunciar, otras que le resultaban muchísimo más dolorosas:

«¿Qué dices, parásito asqueroso? ¿Olvidas, acaso, que todo lo que tienes y de lo que disfrutas es mío? ¿Qué serías sin mí, Fred Larman? ¿O es que quieres volver a tu maldita ciudad para ser, nuevamente, aquel desgraciado que conocí hace cinco años?»

Fred tragó saliva con visible dificultad.

—No decía nada, Harry; perdona.

Pero Silver no tenía bastante y, mirando rápidamente a Lucy, significándole que la broma iba a seguir su curso, dijo, con voz amistosa:

—Ya sabía yo que no ibas a llevarme la contraria, ¿verdad, Fred?

—Nunca lo haría; ya lo sabes.

—Estoy seguro. Ven, amigo mío y ayúdame a demostrar a nuestra querida Lucy que este «cacharro», como ella lo ha llamado, es el bólido más rápido que se ha construido jamás.

Fred danzó una mirada hacia la muchacha, implorándole que interviniese; pero ella, por toda contestación a la muda súplica de él, lanzó una carcajada burlona.

—¡A ver si nos lo demuestras, Harry!

Hundiendo la cabeza entre los hombros, Larman siguió a su amigo, que descendió rápidamente hacia el primer piso del vehículo, penetrando en la cabina de mando del coche.

La vista de aquella maravilla mecánica impresionaba a Harry cada vez que la veía. Todo brillaba y los pulidos metales reflejaban, mansamente, las luces de los interruptores intermitentes, que se encendían y apagaban con un juego luminoso francamente agradable.

El joven se acercó al indicador de velocidades, viendo que la aguja bailoteaba sobre la cifra «600».

—Lucy tiene razón —dijo.

Detrás de él, Fred, pálido como el papel, apenas si se atrevía a respirar.

Después de comprobar que acababa de desconectar el piloto automático, Silver pulsó una serie de palancas, terminando por oprimir un botón rojo que tenía a su derecha.

Casi inmediatamente, un poderoso rugido les llegó desde la parte posterior del vehículo. Y, como si una nueva y gigantesca fuerza le impeliese hacia adelante, la inercia del movimiento los lanzó contra la pared de la cabina

Harry tuvo la suficiente presencia de ánimo para agarrarse, en última instancia, a una de las barras metálicas; pero Fred cayó, cuan largo era, sobre las planchas de la cabina.

De arriba llegaron los gritos de los que, cogidos por sorpresa, debían haber caído de idéntica o peor forma.

Harry se incorporó casi inmediatamente; a pesar de todo, sonreía y se aproximó a los mandos.

Desde el suelo, Fred alargó el brazo, como si desease detener a su amigo:

—¡Para el bólido, Harry; por el amor de Dios!

Pero el otro se volvió apenas y dijo con un tono despectivo;

—¡Calla, imbécil!

Y apretó una palanca.

Luego, sin esperar a que el otro terminase de incorporarse, subió ágilmente la escalera, penetrando sonriente en el salón.

Todos le miraban y él se percató de la palidez de los rostros de las mujeres. En cuanto al salón, estaba lleno de copas y botellas rotas.

Charles se limpiaba, con un pañuelo, una herida que se había hecho en el dorso de la mano.

—¿Os habéis hecho daño? —inquirió Harry.

—No —repuso fríamente Charles Oppel—; pero, ¿qué diablos ha ocurrido?

—Aceleré sin acordarme de montar el dispositivo antiacelerador.

—¡Menudo susto nos diste, querido! —exclamó Yolanda, acercándose a Harry y cogiéndose a su brazo.

—Más susto se llevó ese idiota de Fred.

—¿Qué ocurrió? —inquirió Lucy, bruscamente interesada por el colofón de la broma que había iniciado.

—Cayó de espaldas, sin poderse agarrar a parte alguna, y me rogó, con lágrimas en los ojos, que parase el bólido.

—¡Pobre muchacho! —musitó dulcemente Yolanda.

—¿Le tienes lástima? —preguntó Harry, molesto.

—¿Y qué otra cosa se le puede tener? —intervino Charles—. Es un necio, un cobarde, un hombre que está sufriendo, a tu lado, más que en el mismísimo infierno.

—No tiene otro remedio —arguyó Lucy, maliciosa como siempre —. ¿Qué haría sin la protección de Harry?

Este sonrió, satisfecho de su importancia.

—Sentémonos —dijo Yolanda— y hablemos de otra cosa. Francamente, no veo la gracia de tomar siempre a Fred como objetivo.

—Ahí sube —informó Charles.

Larman apareció, momentos más tarde, con el rostro aún descompuesto; pero, después de mirar a sus amigos como un perro que acaba de recibir una injusta paliza, se sentó junto a ellos, limpiándose el polvo que le había ensuciado el «smoking».

—¿Cuándo llegaremos? —preguntó Yolanda, deseosa de cambiar la conversación que, sobre el mismo y sobado tema, parecía Lucy

dispuesta a continuar.

—¿A casa de Taum?

—Sí.

Harry se encogió de hombros; pero Charles, solícito y sonriente, se volvió hacia Yolanda.

—Dentro de un par de horas... o menos; todo depende de la nueva velocidad que Harry haya impuesto al bólido.

—Vamos a ochocientos —dijo este, con visible satisfacción.

—Pues dentro de una hora y media. Taum habita en lo que antiguamente era la zona petrolífera del Sahara.

—¿Cómo puede habitar en un sitio que, según he oído, está completamente despoblado?

—Es un hombre rarísimo —repuso Oppel, sin dejar de mirar a la muchacha—. Desde, muy joven, según oí, viajó por el espacio, formando parte de las primeras expediciones astronáuticas. Luego, después de haber visitado todos los planetas, se dedicó, por su cuenta y riesgo, a explorar los que habían sido abandonados por sus condiciones poco propicias para el desarrollo de la vida humana. Debió tener suerte y encontrar algún yacimiento de uranio, porque se convirtió en un hombre bastante rico, aunque lo gastó casi todo en la adquisición de concesiones exclusivas en aquellos planetas que eran verdaderamente los más inhóspitos.

—¡Qué loco!

—No lo creas, Yolanda. Taum sabía lo que se hacía. Acotó las regiones cuyo usufructo había adquirido y se convirtió en lo que ahora es: un cazador del espacio, que gana cuanto desea. Nadie como él puede organizar partidas de caza como las suyas...

Lucy miró a Charles.

—Supongo que se harán con la debida seguridad.

—Claro que sí. Pero, de todos modos, los posibles peligros no hacen más que aumentar la emoción de esos formidables «safaris». He oído hablar de esas regiones donde se pueden obtener cosas verdaderamente fantásticas.

—Yo —dijo Harry— voy a llenar toda mi casa de trofeos. Me han hablado de reptiles bicéfalos, de medusas volantes, cuyo esqueleto es nacarado, de insectos cambiables... ¡Será verdaderamente estupendo!

—Eso creo —opinó Charles—; pero no es solo la caza lo que parece emocionar a los que van con él; es él mismo, Taum, el hombre más misterioso y enigmático que existe.

—¡Me estás poniendo la carne de gallina! —exclamó Yolanda, estremeciéndose.

Lucy aprovechó la oportunidad que se le brindaba y volviéndose hacia Fred, que permanecía quieto y silencioso, dijo:

—¿Y tú, mi querido amigo? ¿Sientes emoción por este viaje?

—Mucha.

—¡Menos mal! —exclamó Harry, con el mismo tono despectivo que utilizaba para dirigirse a su protegido, con el que se permitía todos los desaires—, porque espero que no nos harás aparecer ridículos ante un hombre como ese Taum.

—Pierde cuidado —intervino Charles—. Taum no es de esos que permiten cobardes a su lado. Cierta vez, uno de mis amigos, que fue a «safari» con él, me contó que, al hallarse con uno de la expedición que era un cobarde de pies a cabeza, lo abandonó en no sé qué planetoide, dejándolo allí cerca de doce horas. Cuando volvieron, aquel hombre había dejado de temer a nada… se había vuelto loco.

Todos volvieron la cara hacia Larman.

Éste, incapaz de bajar la mirada, cosa que hubiese encolerizado a su protector, miró a uno y otro, sin saber qué decir. Un sudor frío perlaba su frente.

Harry lanzó una alegre carcajada.

—¡Ya veréis cómo Fred se porta como un hombre! —y mirando fijamente al joven—: ¿No es verdad, amigo mío?

El otro asintió con la cabeza.

—Me portaré bien; no os preocupéis —repuso, con acento inseguro en la voz.

CAPÍTULO II

EL colosal vehículo se detuvo a la salida de la pista, donde el cazador había mandado construir la carretera particular que llevaba hasta su mansión.

Saliendo de la autopista, el coche se dirigió hacia el oeste, deteniéndose, diez minutos más tarde, cuando estaba amaneciendo, junto a una construcción de tres pisos, toda de piedra negra y cuya planta inferior estaba completamente desprovista de ventanas. Solo una puerta, de hierro macizo, rompía la monotonía del muro negruzco que parecía envolver completamente el edificio.

La puerta se abrió automáticamente, manipulada seguramente por un mecanismo telefoto-eléctrico del interior. Pero, como su amplitud no era suficiente para permitir el paso del vehículo de Silver, debieron sus ocupantes bajar de él, adentrándose en la misteriosa entrada, que daba directamente a un *hall* de grandes dimensiones, lujosamente amueblado.

Iban a preguntarse algo cuando una voz, que podía provenir de cualquier parte, dijo:

—Bajo enseguida. Tengan la amabilidad de sentarse.

Se miraron los unos a los otros, pero sonrieron al observar el color oliváceo que cubría el rostro del pusilánime Larman.

Tomaron luego asiento, mientras la monumental puerta giraba, silenciosamente, sobre sus goznes, cerrándose rápidamente.

—¿Qué os parece? —inquirió Harry, encendiendo un cigarrillo.

—Todo esto es propaganda —repuso agriamente Charles—. Ya había oído hablar de este tipo y conocía un poco su teatral manera de vivir.

Harry se extrañó.

—¡No irás a decirme que no es el mejor cazador interplanetario que existe!

—Yo no he dicho eso; me refería a esta peculiar manera de recibir a sus visitas. ¡El escenario está magníficamente montado!

—¿USTED CREE?

La voz había sonado a sus espaldas y todos se volvieron, al unísono, justo para ver entrar en el *hall* al individuo más extraordinario que habían contemplado jamás.

Era alto, de más de dos metros de estatura, con una tremenda anchura de espaldas y unos brazos fuertes como piernas de hombre adulto. Pero lo más característico de aquel hombre era la cabeza, que llevaba cuidadosamente afeitada.

Sus rasgos tenían algo de mongólico y sus pómulos salientes

acentuaban su rostro asiático.

Se acercó al grupo, demostrando una extraña elasticidad al andar.

—Buenos días —saludó.

Sus ojos recorrieron los rostros de los recién llegados, deteniéndose un poco más sobre el de Yolanda; después, dirigiéndose hacia el joven Silver, al que había reconocido, por haberlo visto en la televisión:

—¿Usted es Harry Silver, verdad?

—Sí.

—Diga usted lo que desea.

—Hemos venida para organizar una cacería.

—¿De qué tipo?

—No entiendo...

Taum no contestó.

Alejóse, arrastrando un mueble con ruedas, que colocó junto a sus visitantes. Oprimió un botón y unas mesas portátiles salieron del mueble al mismo tiempo que la parte central de este se iluminaba, dejando ver una verdadera minúscula bodega y unas estanterías donde las copas y los vasos estaban reunidos por tamaños y colores.

—¡Es usted un hombre formidable! —exclamó Lucy, mirando el maravilloso mueble.

—Sírvanse lo que deseen, por favor.

No se hicieron rogar y Harry sirvió a sus amigos, utilizando los vasos de mayor tamaño.

—¿Qué desea usted? —inquirió, volviéndose hacia su anfitrión.

—Yo no bebo hasta que no estoy de caza.

—Como quiera...

Brindaron y cuando hubieron vaciado los vagos, Silver se volvió hacia el cazador:

—Antes me hablaba usted de un tipo de cacería. ¿A qué se refería?

—A que las hay de muchas clases.

—¡Yo quiero la mejor!

Taum sonrió.

—No sé si podré hacerlo. La presencia de mujeres corta mucho los planes de una cacería completa.

Lucy se apresuró a protestar vivamente:

—¡Oiga, señor cazador! No es esta mi primera cacería y estoy dispuesta a demostrarle que no me arredra ningún peligro.

Taum volvió a sonreír.

—Está bien; pero mejor es decirles a ustedes que yo no garantizo nada, en lo que respecta a los peligros que puedan presentarse.

—¡Ese es el mayor aliciente de la aventura! —repuso Lucy.

—Perfecto —y volviéndose a Harry—. Puedo proponerle algo que

no he hecho nunca, siempre que el precio le convenga.

—El precio está admitido por adelantado.

—Está bien. Hasta ahora, no hice más que cacerías aisladas en mis cotos, exceptuando siempre uno. En realidad, este último jamás lo he vuelto a visitar desde… pero, ¿qué puede importarles?

Los ojos de Lucy brillaron de curiosidad.

—¿Por qué no nos lo cuenta, señor Taum?

—Llámeme Taum, a secas —dijo el cazador—. En cuanto a contarles lo que allí ocurrió, nada puede ocurrirnos porque lo haga y es tan sencillo, que basta con unos cuantas palabras, muy pocas…

Y después de una corta pausa:

—Mi mujer desapareció allí. Y no la volví a ver jamás.

—¿De qué planeta se trata? —inquirió Charles, igualmente mordido por la curiosidad.

—Venus. Solo existe una Base de terrícolas allí; el resto del planeta puede decirse que me pertenece.

—¿Fue algún… animal?

—No lo sé. La verdad es que no pude encontrar a ningún ser vivo en mi búsqueda, que duró cerca de dos meses. ¡Nada! Ni la menor huella. Parecía como si la tierra se la hubiese tragado.

—Si no existe fauna —dijo Charles—. ¿Para qué demonios vamos a ir a Venus?

Taum le miró fijamente.

—Porque ahora sí sé que la hay,

—¿Volvió usted?

—No. Pero la Base fue atacada y uno de los hombres regresó. Uno solo, completamente loco.

—Eso no demuestra nada.

Harry hizo un gesto vago.

—Sí. Fui yo quien recogí su astronave individual; cuando navegaba a la deriva por el espacio. Volvía yo de Marte y vi aquel extraño objeto, acercándome a él para investigar su naturaleza. Pude establecer un puente estanco con el pequeño vehículo y saqué a su único tripulante, aunque el desgraciado no fue capaz de decirme más que la Base había sido atacada y destruida.

—¿Comunicó usted, el hecho a las autoridades del Sistema?

—Así lo hice. Y supe después que habían enviado una expedición investigadora… que no halló absolutamente nada.

—¿Entonces?

—Pero yo sabía ya algo.

—¿Cómo?

—Aquel desdichado superviviente llevaba una cámara fotográfica y yo, durante el regreso a la Tierra, revelé el carrete. Así pude darme cuenta de que, aunque poco se veía, los asaltantes de la base no eran

ni hombres ni animales.

—¿Cómo? ¿Qué eran?

—Humanoides.

—¿Qué es eso?

—Seres de apariencia semejante a la nuestra, pero completamente distintos a nosotros.

—¡No lo entiendo! —suspiró Lucy, excitada por aquellas misteriosas palabras.

—Ni yo tampoco, señorita.

—¿Y cómo no comunicó usted sus hallazgos a las autoridades?

—¿Para qué? Nadie, excepto Taum, logrará hallar a los que raptaron a mi esposa.

—¿Hace de eso mucho tiempo? —inquirió Yolanda, rompiendo el silencio que se había hecho.

El cazador la miró son simpatía.

—Cinco años, señorita. ¡Mucho tiempo para olvidar y poco para no haberse vengado! Esperaba una ocasión y ustedes pueden serla, si es que desean una verdadera aventura.

—¡Encantado, Taum! —exclamó Harry—. No hablemos más y díganos, si tardaremos mucho en partir.

—Quedan aún algunos detalles.

—¿Dinero?

—No. Eso puede tener su importancia, pero puede esperar.

—¿De qué se trata, entonces?

—Del itinerario. Podemos empezar por Mercurio.

—¿Qué encontraremos allí?

—Saurios bicéfalos.

Lucy sonrió, decepcionada.

—¿Nada más que eso?

Taum la miró; luego, imitándola, sonrió.

—Espero que no se desmaye al verlos.

Ella lanzó una alegre carcajada; pero, en el fondo, se percató de que el cazador no bromeaba.

—¿Y después? —inquirió Harry.

—Luego podríamos ir a Marte. Allí cazaríamos sus grandes insectos metamorfoseantes. Ningún cazador del espacio, que se considere como tal, tendrá una colección de trofeos en la que falte uno de esos curiosos animales de Marte.

—Está bien. ¿Y luego?

—Titán y sus medusas voladoras. Una de las cazas más peligrosas que existen. Finalmente, si no se han cansado antes, iremos a Venus.

—¿Qué os parece el programa, amigos?

Todos ellos aplaudieron entusiasmados; todos excepto Fred, caya palidez se había ido acentuando a medida que el cazador iba

hablando.

Silver se dio cuenta de aquella falta de entusiasmo y acercándose al muchacho dijo:

—¿Qué te ocurre, idiota? ¿Te has quedado paralítico de miedo? —y volviéndose al cazador—: ¿Sabía usted, Taum, que traíamos un cobarde con nosotros?

Seguro de que las palabras de Harry iban a provocar su expulsión de la cacería, Fred se levantó.

—¡No, señor Taum! ¡Yo no soy un cobarde!

El cazador sonrió.

—Lo creo, amigo mío.

—¡Le digo que es un cobarde! —aulló Harry.

—No sé preocupe, señor Silver. Un cobarde, a mi lado, es algo tan imposible como el aire en Venus… No se preocupe, la timidez de su amigo se curará definitivamente.

* * *

Se habían retirado a las habitaciones que les señaló Taum, quedando citados para preparar la marcha al atardecer, ya que ellos no habían dormido en toda la noche anterior y deseaban descansar.

Una vez en su habitación, Charles salió, poco después de entrar, marchando por el pasillo lo más silenciosamente posible hasta la estancia que ocupaba Lucy, en la que llamó muy suavemente con los nudillos.

Ella abrió la puerta, haciéndole entrar.

—Debes tener más cuidado.

—No te preocupes. Harry estará ya completamente dormido.

—Mejor.

Él se había sentado en uno de los sillones y encendió, calmosamente, un cigarrillo.

—¿Qué te parece la marcha de los acontecimientos?

—Excelente —dijo ella—. Ya te dije que no faltaría ocasión para llevar a cabo nuestros propósitos.

—Sí, pero ella sigue siendo el mayor obstáculo.

—Por ahora. Una aventura como la que vamos a vivir no dejará de presentarnos una buena ocasión para deshacernos de la pequeña. Una vez que no se halle en escena, no tardaré ni una sola semana en convertirme en la mujer de Silver…

—¿Qué quieres decir con hacer desaparecer de escena a Yolanda? ¿Te has vuelto loca?

Ella sonrió.

—No temas. Sé que el loco, el loco por ella eres tú. No te preocupes, tu amorcito no sufrirá nada. Haremos las cosas de la mejor manera posible.

—¿Cómo?

—Utilizando una de las naves biplanas de salvamento. Destruiremos las otras y causaremos una pequeña avería a la nave de Taum; así, mientras tú te alejas con tu Dulcinea, yo podré encargarme de Harry... y de sus millones. ¿No es ese nuestro plan?

—En parte —gruñó él—. Ya que los millones de Silver no me son, ni mucho menos, repugnantes hasta ese extremo.

—Ya lo sé. La diferencia que existe entre nosotros dos es que tú te has enamorado estúpidamente de esa muñeca. Yo, en cambio, no aspiro más que a ser la viuda alegre de Harry Silver... ¡Si me hubieras escuchado!

—¿Qué?

—Recuerda, Charles, que cuando convenimos asociarnos para este plan, tu amor no existía aún, sí es que ahora existe...

—¿Qué quieres decir?

—Que te conozco lo suficiente para, a pesar del desprecio que le tengo, sentir un poco de lástima por esa jovencita.

Él rio sarcásticamente.

—Justamente por eso, no debes preocuparte, preciosa. Y a sé que mi capricho por Yolanda Cower es algo tremendo y que ha venido a complicar un poco las cosas pero, no te asustes. Con el dinero de Silver, las cosas se arreglaran de la mejor manera. Además, no olvides que me necesitas, ya que solamente desapareciendo conmigo podrás lograr que Harry, desesperado como todo amante despreciado por otro, se eche en tus brazos.

—Ya he pensado en eso y por lo mismo no he puesto objeción alguna a tu plan.

—¿Estamos, entonces, de acuerdo?

—¿Y cuándo no lo hemos estado?

Guardaron silencio y ella sirvió de beber, utilizando uno de los muebles bar que había en la estancia.

—Una sola cosa me preocupa —dijo él, después de vaciar su vaso.

—¿Qué?

—Taum.

—¿Por qué? —inquirió la muchacha, mirándole fijamente.

—No sabría decirlo exactamente; pero no podrás negarme que es un hombre ciertamente raro, un ser que no parece humano.

—¿Lo es, acaso?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que tú. Nos ha hablado de su esposa; por lo tanto, yo no he oído jamás decir que Taum tuviese mujer. ¿Lo oíste tú?

—No, nunca.

Guardaron silencio unos instantes.

—No creo —dijo por fin él— que Taum se meta en nuestros

asuntos. Lo que desea es cobrar, y mañana tendrá el cheque de Silver; lo demás le tendrá sin cuidado.

—Eso creo yo también.

—De todas formas, le observaré detenidamente, ya que, con toda seguridad, se dedicará con exclusividad, al que le paga es decir, a Silver. Y no le perderé de vista, no te preocupes

—¿Y Larman? —inquirió ella.

Charles dejó oír una ligera carcajada,

—¿Te vas a preocupar también de ese imbécil? ¡Creo que ves visiones!

—No me refería a eso. ¿No te has dado cuenta de las palabras de Taum, cuando Harry le trató de cobarde?

—¿Y qué?

—Eso fue precisamente lo que me descubrió a Taum. Otro cazador cualquiera se hubiera limitado a sonreír; pero él dijo que un cobarde a su lado era tan imposible como el aire en Venus.

—Una frase sin importancia.

—No lo sé. Tendremos que tener mucho cuidado con ese Taum.

—Ya te he dicho que le vigilaré estrechamente.

—Será mejor.

Charles se había levantado.

—Lo que tienes que hacer es ir abriéndote paso en el corazón dorado de Harry.

—Eso es imposible hasta que esa estúpida no desaparezca.

—Me la llevaré yo. Tu plan me gusta mucho y será, si no encontramos otro mejor, el que pondremos en práctica. Una vez solo y despechado, Harry será una fácil presa para ti. Después, cuando os hayáis casado, Taum puede hacerlo si quiere, regresaré, después de dejar a Yolanda en sitio seguro, para acabar con él y convertirte en la viuda más rica del mundo.

—¡De acuerdo!

—Hasta la noche. Procura descansar.

—Lo haré.

Charles salió de la estancia tan quedamente como había entrado, dirigiéndose a la suya.

* * *

Gracias a su sistema de televisión, Taum había seguido atentamente la conversación que Charles y Lucy creían haber tenido solos. Al desaparecer Oppel, camino de su habitación, el cazador sonrió enigmáticamente.

Después, maniobrando los complicados mandos de su aparato, hizo aparecer la habitación de Larman, que dormía; luego la de Silver, que también descansaba. Y, finalmente, la de Yolanda.

Contempló el hermoso rostro de la muchacha y volvió a sonreír. Luego, murmuró entre dientes:

—¡Calma, Taum! Tus humanoides tendrán un festín y tú una nueva esposa, mucho más linda que la otra.

CAPÍTULO III

ANTE la sorpresa de sus visitantes. Taum les descubrió, detrás de su mansión, la más maravillosa Base astronáutica que habían visto jamás.

Once aparatos, del más diverso tipo, se levantaban sobre sus horizontales bases de lanzamiento, pareciendo apuntar a las miríadas de estrellas que parpadeaban en el firmamento...

—¡Qué barbaridad! —exclamó Harry—. Nunca hubiera creído que

poseía usted una flota semejante.

Taum sonrió.

—Las necesito. No olviden que mis «feudos» —sonrió al utilizar aquel término— son muy numerosos y que estos aparatos, que no todos son nuevos, me sirvieron para muchas expediciones. En realidad, antes de dedicarme a la caza, mi profesión fue la de astronauta. Luego, cuando tuve suficiente dinero, compré muchas espacionaves y me dediqué a visitar los mundos que ya conocía, adquiriendo lo que luego se convertiría en mis famosos cotos.

Lucy se adelantó, curiosa, y después de lanzar una mirada a las astronaves, volvióse hacia el cazador, preguntando:

—¿Cuál de estas nos llevará, Taum?

—Aquella. Es la mayor y la más cómoda, además de ser una de las más rápidas. Y posee dos naves auxiliares de salvamento, capaz para cinco personas cada una.

El cazador espió, con atención, el rostro de la mujer, que dejó trasparentar un ligero gozo.

Taum también sonrió.

—Esta noche —dijo— saldremos para nuestra primera etapa: Mercurio. Allí podremos cazar los saurios bicéfalos, pero, por el momento, vayamos a la armería. Hemos de elegir las armas que más convenga al carácter de cada uno.

La armería era tan fantástica como todo lo que había en aquella casa. Un enorme salón, cuyas paredes estaban repletas de armas de todas clases; rifles automáticos, pistolas-ametralladoras y potentes escopetas de dos cañones, pulidas y brillantes, como si acabasen de salir de fábrica.

Naturalmente, todas aquellas armas funcionaban por el moderno método de «pila-atómica» o cargas de oxígeno líquido, lo que proporcionaba a los proyectiles que disparaban, velocidades y energías de impacto terribles.

—Aquí —dijo Taum— pueden elegir lo que deseen. Empecemos por las señoritas, por favor.

Lucy se adelantó, apoderándose de un rifle automático de cincuenta disparos.

—No está mal —dijo el cazador.

Yolanda, a su vez, cogió un arma semejante: un rifle de repetición, con balas mixtas, corrientes y explosivas. Charles y Harry se apoderaron de sendas escopetas, ya que deseaban gozar de la emoción verdadera de la caza.

Le tocó el turno a Fred.

El muchacho miró las armas y, bruscamente decidido, se apoderó de un rifle semejante al que había cogido Lucy.

La carcajada de Silver le asustó.

—¿He hecho algo malo? —inquirió, sin comprender el motivo de aquella risotada.

—¿Hacer algo malo? —inquirió Harry, con sorna.

—¿No tiene usted un cañón por ahí para mi amigo Larman, Taum?

—Cada uno coge el arma que prefiere —dijo el cazador—; aunque yo me permitiría aconsejar al señor Larman que cambie el rifle por aquella pistola automática.

Y acercándose a la panoplia, descolgó la pistola, entregándosela a Fred, que le dio sumisamente el rifle que había cogido momentos antes.

—¿Cree usted que esto será mejor? —inquirió, sin preocuparse de las sonrisas que aparecían en los rostros de sus compañeros.

—Mucho mejor —contestó seriamente Taum—. Esta pistola ha sido mi preferida durante mucho tiempo, y además de mi rifle, siempre la llevo. Ya conocerá usted, más tarde, su verdadera utilidad.

Convinieron después todos en que ya era hora de comer, y aunque Harry se empeñó en invitarlos a bordo de su gigantesco bólido, Taum impuso finalmente su voluntad, llevándolos al gigantesco comedor donde ya estaba la mesa puesta.

—¿Cómo es posible que haga usted esto sin que hayamos visto ningún criado? —preguntó Charles.

—Gozo de una servidumbre invisible, señor Oppel —repuso sonriendo el misterioso anfitrión.

También se sorprendieron al ver, cuando volvieron a sus habitaciones, que todo estaca en orden y que sus trajes espaciales habían sido colocados sobre el lecho.

Un poco más tarde, Taum pasó por cada una de las habitaciones, rogando que se fuesen preparando, pues la salida iba a ser inminente.

El precio ya había sido convenido y Harry extendió el cheque, que el cazador guardó cuidadosamente.

La aventura iba a empezar.

* * *

Un vuelo intersideral no tenía para aquellos hombres, ningún aliciente, de novedad. Todos ellos habían hecho ya varios en el curso de su vida, y Harry, particularmente, había recorrido varias veces el Sistema solar.

Pero, a pesar de todo, la novedad no dejaba de sentirse, ya que todos presentían que aquel viaje iba a ser completamente distinto a los otros, sobre todo, para los que habían ido a él con un interés particular indiscutible.

Estos eran Charles y Lucy, cuyas ideas no podían ser sospechadas por sus compañeros.

Como siempre suele ocurrir en estos casos, la traición anidaba en los corazones de aquellos dos miserables que exteriormente se sonreían, como si tuviesen que mostrar su complicidad en todo momento.

De los dos, Lucy era quien tenía mejor preparado su plan, ya que deseaba casarse con Harry, pero sin atentar después contra su vida, engañando a Oppel, quien podía esperarla tranquilamente todo el tiempo que quisiese.

A Lucy le había encantado que el idiota de Charles se enamorase de Yolanda, facilitándole la labor de una manera estupenda.

¿Y por el lado de Oppel?

Charles no había confiado, ni mucho menos, sus verdaderas intenciones. Su deseo era que Yolanda se casase, durante aquel viaje, con el multimillonario.

Convertirla después en una joven viuda no sería cosa demasiado difícil.

No se había fiado nunca de Lucy, porque la conocía mucho más profundamente de lo que ella pudiese imaginar;

La astronave que había fletado Taum era ciertamente hermosa. Dotada de tres pisos superpuestos, poseía además cabinas particulares y lujosas, salones de reunión y puntos de observación, tanto a proa como a popa, desde los que podía seguirse el lento caminar de las estrellas.

Las comidas, para seis meses, estaban empaquetadas en termos especiales, lo que hacía nulo el trabajo para prepararlas. Cada uno escogía lo que más le gustaba y no tenía más que vaciarlo en los platos de plástico, que se tiraban después de haber consumido su contenido.

Aquel día, unas horas, antes de aterrizar en Mercurio, los miembros de la curiosa expedición se habían reunido en una de las salas y bebían y charlaban animadamente. Como siempre, Fred Larman permanecía un tanto separado del jolgorio general, fumando incansablemente y aventurando, de vez en cuando, una tímida mirada hacia sus compañeros.

Fue entonces cuando, al ver que Taum pasaba ante la puerta, dirigiéndose probablemente hacia popa, el joven se levantó y salió del salón, sin que nadie se percatase de ello.

—¡Señor Taum!

El gigantesco cazador giró sobre los talones, mirando fijamente a Larman.

—He dicho, me parece, que me llamen Taum simplemente.

—Perdone, Taum.

—¿Qué deseaba?

—Quería hacerle unas preguntas.

—Está bien. Sígame.

Se detuvieron un poco más allá y Taum abrió, con una llave, una habitación en la que el joven no había entrado nunca.

Aquella cabina había sido convertida en un monumental despacho, con las paredes llenas de mapas cósmicos y en los espacios libres con estanterías repletas de libros de las más diversas materias.

Taum cerró la puerta tras él.

—Tome asiento.

Fred lo hizo, encendiendo un nuevo cigarrillo; después, entornando los ojos, pareció hundirse en profundas reflexiones.

—Puede decirme lo que quiera, señor Larman.

El muchacho dado unos instantes; luego, sacando fuerzas de flaqueza, dijo:

—Verá usted, Taum: yo deseaba hacerle algunas preguntas relativas a nuestra cacería…

—Diga.

—Yo no he cazado jamás y he viajado muy poco por el espacio; apenas dos viajes a Marte y uno a Venus. ¿Cree usted que esta cacería, que nos proponemos llevar a cabo entraña serios peligros?

—Toda cacería es peligrosa.

—Ya me lo imagino; pero quiero que se dé cuenta del carácter de mis compañeros, sobre todo de Harry.

—¿Qué le pasa al señor Silver?

—Verá usted: es una persona caprichosa, inconsciente, que no se hace una idea del peligro que puede correr. Siempre ha hecho su voluntad, a pesar de los muchos consejos que le he dado. Harry posee una inmensa fortuna, pero no es eso en sí lo importante. Lo que interesa es conocer que todo ese dinero hace vivir a varios cientos de miles de gentes y que cualquier irreparable estupidez que cometiese Harry, desencadenaría una verdadera catástrofe en muchos sectores de la Tierra.

—¿Es mayor de edad?

—Sí.

—¡Entonces no tenemos por qué preocuparnos! De todas formas, tiene usted que considerar que yo estoy aquí por alguna cosa y que mi misión es evitar que se hagan excesivas tonterías, así como mi trabajo es evitar desagradables disgustos. Hasta ahora, salvo algunas desdichadas excepciones, mis clientes han regresado a la Tierra vivitos y coleando. Y esas excepciones fueron siempre provocadas por verdaderas locuras que no pude evitar de ninguna manera.

—Ese es precisamente mi miedo.

Taum sonrió.

—Escuche, amigo mío. A mí me gusta hablar siempre con claridad. Soy un hombre rudo y no estoy hecho para delicadezas verbales, que suelen estar llenas de confusionismo.

—No le entiendo.
—Lo entenderá enseguida: veamos, señor Larman... ¿ha venido usted a preocuparse por la salud de su amigo... o por la suya propia?
El joven enrojeció intensamente.
—Yo... —acertó a musitar.
—¡No se preocupe, amigo mío! Yo también tuve miedo al principio; pero el miedo no es más que un exceso de imaginación y, por ende, algo sencillo de curar. En cuanto usted posea seguridad en sí mismo y llegue a comprender que un hombre dispuesto es algo difícil de atacar, su miedo desaparecerá como por ensalmo.
—Gracias, Taum.
—Además, ¿para qué cree que le di un arma especial?
—¿Un arma especial?
—Sí. La pistola que elegí para usted es algo verdaderamente extraordinario y me ha dado siempre excelentes resultados en los... tímidos. No dispara proyectiles que van hacia las presas, sino que forma una barrera de ellos, evitando que el animal o lo que sea se abalance sobre el cazador. Ya le dije en casa que yo también llevo una de esas pistolas, además del rifle. La barrera de plomo que forma, al ser disparada, impide que la presa siga su camino hacia el cazador. ¿Qué le parece?
—¡Le estoy sinceramente agradecido!
—Vaya entonces en paz, señor Larman. Y esté seguro de que, mientras yo pueda evitarlo, no sucederá nada.
Fred se levantó, con una sonrisa de tranquilidad en los labios.
—Muchas gracias de nuevo, Taum.
—Adiós.

* * *

La astronave se posó en la Base de Control del Sistema, situada en el borde exacto entre el día y la noche, ya que Mercurio ofrece siempre la misma cara al Sol.
El jefe de la Policía de Control Interespacial del Sistema era un hombre simpático y afable, que ya conocía a Taum y que le recibió, así como a los demás, de muy obsequiosa manera.
Una vez en la estancia, lujosamente amueblada, donde les hizo servir un refrigerio, se interesó vivamente por aquella expedición, ya que había oído hablar de Silver y de su fabulosa fortuna.
—¿No había usted hecho nunca una cacería como esta, señor Silver?
—No. En realidad hacía muchísimo tiempo que lo deseaba; pero, aunque no lo crea, los gerentes de los negocios que fundó mi padre no me han dejado, en estos últimos tiempos, gozar plenamente del mío.
—Su señor padre vive, ¿verdad?

—Sí. Y, francamente, ha sido gracias a él que he podido, finalmente, salirme con la mía. Me ha concedido estas seis semanas, durante las cuales tendrá que ocuparse de muchas cosas.

—Deben ser muy complicados los negocios de tal amplitud, ¿verdad?

—Bastante. Por fortuna los cerebros electrónicos nos ahorran enorme cantidad de complicaciones; pero los empleados, que podrían formar una pequeña nación ellos solos, nos dan no pocos dolores de cabeza.

—¡Menos mal que ahora va usted a olvidar todo eso, al menos durante la duración de la cacería! —y volviéndose hacia el cazador—: ¿Dónde piensas llevarlos, Taum?

—A todos mis cotos.

—¡Qué barbaridad!

Fue entonces cuando intervino Charles, el cual se dirigió al policía:

—Usted seguramente habrá cazado en Mercurio, ¿no es así?

El otro se encogió de hombros.

—Hubiese podido hacerlo, señor mío, ya que tengo amplios poderes de mi amigo Taum; pero, en verdad, no soy muy aficionado. Además, y no sé si hago bien en decirlo, la caza planetaria es bastante peligrosa,

—¿Usted cree? —inquirió, sin poderlo remediar, Fred, palideciendo un tanto.

—Sí. Acompañado de Taum iría a cualquier parte. Él conoce perfectamente todas las artimañas y sabe, esquivar maravillosamente bien todos los peligros; pero solo...

Lucy sonrió.

—Seguro que será algo de lo que nos acordaremos toda la vida... ¡Cada vez estoy más emocionada!

—Y puede estarlo, señorita —dijo el policía—. Verá usted cosas verdaderamente sorprendentes y, como he dicho, guardará recuerdos imborrables.

—De eso estoy completamente segura.

Charles le lanzó una rapidísima mirada, como si desease ponerla en guardia contra aquel lenguaje demasiado imprudente.

—¿Y qué me dice usted, señor inspector, de los reptiles, bicéfalos de Mercurio? —inquirió, deseoso de hacer que su peligrosa compañera de viaje se callase.

—No los he visto más que muertos; pero, aun así, son verdaderamente imponentes.

—¿Muy grandes?

El policía sonrió.

—Creo que Taum puede contestar mucho mejor que yo a esas

preguntas.

El cazador asintió con la cabeza.

—Los saurios de este planeta —dijo— se parecen extraordinariamente a los que vivieron, en épocas remotas, en la Tierra. Sin embargo, y debido seguramente al clima anormal en que viven, con temperaturas tremendas y sometidos directamente a las radiaciones solares, que a nosotros nos llegan muy débiles gracias a la distancia que nos separa del Sol y a nuestra atmósfera, estos animales han manifestado siempre una anomalía curiosa: la de tener dos cabezas. Son, pues, bicéfalos, y en esto reside precisamente el peligro de cazarlos; en sus dos cabezas.

—¿Por qué? —preguntó Yolanda, que había guardado silencio hasta entonces.

—Porque son solamente heridos de muerte cuando se les dispara a los ojos. Sus cuerpos están recubiertos de placas córneas, que resisten perfectamente a nuestros más potentes proyectiles; por eso han de hacerse, como mínimo, dos disparos, uno a cada ojo de una de las cabezas, debido a la duplicidad de las mismas, para destrozarles los dos cerebros que ordenan sus tremendos cuerpos.

—¿Y si se falla uno de los disparos y no se destroza más que un cerebro?

Aquella pregunta había sido formulada, naturalmente, por Fred.

Taum sonrió.

—Entonces, señor Larman, no queda más remedio que confiar en la puntería del compañero y, si se está solo, en la suerte de huir o hacer un nuevo disparo, cuidando de no “fallar” esta vez.

CAPÍTULO IV

CON los dos aparatos auxiliares de la espacionave, sobrevolaron la zona sombría, después de colocarse los trajes del espacio, ya que en la Base donde habían estado, junto al simpático jefe, habían gozado de clima y temperatura acondicionados.

Guiados ambos aparatos desde uno de ellos, gracias al emisor del piloto automático, Taum condujo la expedición hacia el borde mismo de la zona eternamente soleada de Mercurio.

Allí descendieron.

Al posarse en el suelo, en la penumbra intermedia, una emoción intensa se había apoderado de todos. Y cuando descendieron de los aparatos, agrupáronse alrededor del cazador, esperando ansiosamente que este les dijese algo a través de su emisora individual.

Pero Taum tardó algún tiempo en hablar, ocupándose en sacar las armas y una serie de extraños aparatos de una de las pequeñas astronaves.

Muerta de impaciencia, Lucy inquirió, sin poder resistir ni un segundo más aquel silencio profundo.

—¿Qué es eso?

Taum la miró a través del plástico de su escafandra y sonrió.

—Hemos de preparar la «carnada» que atraerá a los saurios. Este aparato es un cepo electrónico, que atraerá a los «multípodos», alimento preferido de los grandes saurios bicéfalos.

—¿Multi… qué? —inquirió la curiosa joven.

—«Multípodos». Son unos animales del tamaño de un caballo, pero que poseen varias docenas de patas.

—¡Qué horror!

—Es la ley de este planeta. Ya les dije antes que las radiaciones directas que recibe la fauna de Mercurio, la hace anormal y fantástica.

Y volviéndose a los hombres:

—Cojan cada uno un aparato y síganme.

Él también cogió uno de ellos y la expedición se puso en marcha hacia la zona soleada.

Desde donde estaban, una especie de llama horrible cubría enteramente el horizonte. Allí, a cientos de grados de temperatura, a veces a miles, un sol implacable resquebrajaba la tierra mercurial que durante milenios había estado expuesta a aquella cruda caricia, en tanto que el otro lado del planeta estaba tan helado como la lejana superficie de Plutón.

Taum se detuvo mucho antes de llegar a aquel infierno.

En realidad, unas millas más hubiesen hecho irrespirable la atmósfera, haciendo imposible la vida de los cazadores, ya ahí, lejos aún de la zona expuesta al sol, el calor era insoportable, y de no ser gracias al mecanismo refrigerador de sus trajes espaciales, no hubieran podido tolerar la desagradable temperatura que reinaba en aquellos parajes.

En aquella zona, la vegetación era abundante, pero se limitaba a una sola especie: algo semejante a cactus, pero de tamaño enorme que, a veces, alcanzaban los sesenta y hasta los cien metros.

Los hombres, entre aquellas plantas, parecían miserables hormigas, que desfilasen en hilera.

Taum colocó su cepo electrónico, repartiendo después los otros en

una amplia zona.

—¿Cómo funcionan estos aparatos? —inquirió Harry.

—Muy sencillamente. Poseen un sistema que emite radiaciones agradables para los «multípodos»; algo que excita su curiosidad, impresionando su olfato, olfateándolo, el cepo descarga una violenta corriente eléctrica, que paraliza por completo al animal. Su estado semiinconsciente dura muchas horas.

—¿Y después?

—Los saurios «huelen» la presencia de sus presas desde lejos. En realidad y debido al enrarecimiento del aire, ninguno de los animales de Mercurio posee ni oído ni órgano alguno que emita un sonido. Por eso se guían solamente por el olfato, que tienen extraordinariamente desarrollado.

—¿Y no nos huelen a nosotros?

—Sí; pero nuestros trajes emiten radiaciones desagradables...

—¡Eso es formidable! Así no podrán acercarse a nosotros.

—No lo harán, hasta que estén furiosos. Mientras no nos vean, nos evitarán, guiados por su olfato; pero en cuanto distingan, su cólera, dominará ampliamente su miedo y se nos echarán encima como fieras desatadas.

Harry preguntó:

—Son muy grandes, ¿verdad?

—Como los animales antediluvianos. Algunos de ellos suelen pesar hasta diez mil kilos.

Sin poderlo evitar, Harry se volvió hacia Fred, cuyas manos temblaban visiblemente.

—¿Qué te parece, amigo mío? —preguntó, con una sonrisa de desprecio.

—Muy... bien —acertó a balbucir el otro.

Taum les hizo un gesto.

—Hemos de alejarnos de los cepos, para que no nos huelan, por el momento, los animales.

—¿Estaremos todos juntos?

—No. Nos colocaremos por parejas. ¿Quién quiere venir conmigo?

—¡Yo! —exclamó Fred.

Todos rieron a carcajadas.

—¿No te da vergüenza? —inquirió Harry—. Lo natural es que sea una de las señoritas la que vaya con Taum.

—Es verdad —dijo Lucy—. Yo propongo que vaya Yolanda.

Esta asintió, sonriendo.

—Fred puede venir conmigo —dijo Lucy.

—¿Quieres suicidarte? —preguntó Silver, de buen humor.

—No exageres —repuso la joven.

—Está bien, entonces iremos Charles y yo.

Se distribuyeron las parejas, con ayuda de Taum, que les dio las últimas instrucciones.

—Deben disparar a los ojos —dijo—. Esto no deben olvidarlo. Y tampoco que han de disparar a un ojo de cada lado. Como van dos, los disparos pueden hacerse al unísono, uno a cada cabeza, y así el peligro será mucho menor. En caso de fallar, corran y avisen. Nosotros intervendremos entonces.

—Vamos —dijo, dirigiéndose a Yolanda.

Fred se quedó al lado de Lucy.

—¿No tiene usted miedo? —le preguntó al cabo de unos instantes.

Ella le miró, con renovada curiosidad.

—Tanto como usted, Larman; pero, por fortuna, puedo hacer que nadie se dé cuenta de ello.

Y después de una pausa.

—¿Por qué no se domina usted, Fred? ¿No se da cuenta de que los otros la tomarán cada vez más intensamente con su pobre persona?

—Lo sé; pero no puedo evitarlo.

Y tras un corto silencio:

—Siempre tuve miedo, Lucy. Ya por muchos esfuerzos que hice para deshacerme de él, jamás lo logré.

—¿Tendría miedo si, en lugar de estar yo aquí, estuviese la mujer que amase y uno de esos monstruos se abalanzase irremisiblemente sobre ella?

—Sí. La defendería, aunque perdiese la vida; pero seguiría experimentando el mismo terror.

—Entonces no es usted tan cobarde como creen todos.

Él la sonrió, agradecido.

Un poco más allá, Taum estaba apostado junto a Yolanda.

—No debía haber venido a una cacería como esta, señorita.

Ella se sorprendió.

—¿Por qué?

—Puede ser peligrosa para usted.

—¡No tengo miedo!

Él sonrió, contento de que la muchacha se mostrase valiente y decidida.

—Ya lo sé; pero, de todos modos, no me perdonaría si llegase a ocurrirle algo. Aunque vigilaré este para que nada le suceda.

—Muchas gracias.

Taum había enchufado un extraño aparato a sus auriculares y, de vez en cuando, lo colocaba en el suelo.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó la muchacha.

—Es una especie de estetoscopio, como el que utilizaban los médicos para auscultar a sus pacientes. Este, notablemente mejorado, me permite oír el eco de las pisadas de los animales. Ahora mismo

acabo de oír que dos «Multípodos» se acercan a los cepos.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Quiere usted verlos?

—¡Me encantaría!

—Venga.

La cogió por la mano, haciéndola avanzar, rodeando una de las gigantescas plantas tras la que se habían escondido.

Mirándola de reojo, Taum se convenció, una vez más, sin ningún género de dudas, que aquella, era la mujer más hermosa que había visto jamás. Y al recordar a la «otra», a la que creyéndose insustituible le había obligado a entregarla a los «humanoides», sonrió satisfecho de la suerte que había tenido al encontrar a Yolanda.

Estaba dispuesto a hacerla su mujer y no le importaba —¡muy por el contrario!— hacer desaparecer a los estúpidos que la acompañaban. Los humanoides se lo agradecerían tremendamente y continuarían trabajando para él, hasta convertirle en el hombre más rico de todo el sistema.

¿Qué sabían los humanos de Taum?

Todo el mundo le creía cazador y un poco loco; pero, en realidad, podía permitirse el lujo de despreciar al mismo Silver y todos sus millones de dólares.

Sin duda alguna, era el hombre más poderoso de todos los que existían; pero aquello no era suficiente todavía y Taum aspiraba a más.

Llegaron a una especie de claro y el cazador, sin soltar la mano de la muchacha, hizo que se ocultase tras una de las descomunales hojas que pendían del colosal tallo de las plantas.

—Un momento. Ese animal va a caer, de un instante a otro, en el cepo —se separó de ella, volviendo poco después:

—¡Venga, Yolanda!

Ella se percató de que él había dejado de llamarla «señorita»; pero, no hizo caso de ello, sintiéndose, por el contrario, íntimamente halagada.

Le siguió.

Justo, unos pasos más y él le señaló hacia un punto.

Un escalofrío de horror recorrió la espalda de la joven.

Había pensado ya en aquellos animales, imaginándoselos a su modo; pero ahora que tenía uno de ellos delante, experimentó una desagradable sensación, al darse cuenta con sus propios ojos y sin necesidad de utilizar su fantasía, de la monstruosidad de la fauna de aquel planeta.

El «multípodo» tenía, como había dicho Taum, la dimensión de un caballo, pero en nada se parecía a este noble animal. Por el contrario, era algo blando, como un pulpo, pero que tuviese las patas rígidas,

como las de un rumiante.

¿Cuántas tenía?

Yolanda intentó contarlas, no logrando hacerlo, debido al movimiento constante de aquellos miembros, que se entremezclaban confusamente.

—¡Es repugnante!

Taum sonrió.

—En efecto. Pero no lo es para los saurios, que no encuentran una carne tan deliciosa como la de estos bichos.

—¡Cállese, por favor!

—¿Se siente usted mal?

—No. Pero hay cosas que, a pesar de todo, me producen náuseas. Es más fuerte que yo.

—Volvamos entonces.

Regresaron al «puesto», donde permanecieron, en silencio, durante largo rato.

El cazador, de vez en cuando, auscultaba la tierra. Luego, al cabo de un momento, dijo:

—Todos los cepos tienen ya su presa.

—¿Tan pronto?

—Sí. Ya le dije que el olor de las radiaciones que emiten esos aparatos atrae a los «multípodos» de una manera segura.

—¿Y qué haremos ahora?

—Esperar.

—¿A qué?

—A que los saurios se decidan a darse un festín.

—¿Y cómo esos saurios no cazan, por su cuenta, a los «multípodos»?

—Lo hacen, pero con gran dificultad. Los grandes saurios bicéfalos de Mercurio son lentos y pesados; los «multípodos», por el contrario, corren que se las pelan. Por eso es muy rara la ocasión en que los saurios pueden permitirse devorar algún «multípodo».

—Es horrible esa lucha...

—Calle, por favor. Creo que nuestras presas se acercan ya.

Guardaron silencio mientras Taum seguía escuchando en su aparato. Al cabo de un rato dijo:

—Hay que prepararse, Yolanda. Ya están muy cerca.

No hacía falta ya que se sirviesen del aparato auscultador de Taum. Las pisadas de los colosales animales hacían retumbar la tierra y momentos más tarde, el estrépito era ciertamente formidable.

—Esperemos que sus amigos no cometan tonterías.

—Tengo miedo por ellos.

La sonrisa de Taum se heló en su boca.

—Deben darse cuenta de que han venido a cazar y no a perder el

tiempo. Además, prepárese, Yolanda. El nuestro se acerca ya. ¡Vamos!

Salieron del escondite, avanzando hacia el lugar donde habían visto, poco, antes, la espantosa figura del «multípodo».

—¡Aquí viene! —rugió Taum.

Pero no hubiese sido necesaria su advertencia. Una especie de colosal criatura, de cerca de veinte metros de altura, por más de treinta de longitud, con una enorme cola y el cuerpo cubierto por amplias placas móviles, avanzaba hacia el «multípodo», moviendo glotonamente sus dos cabezas, en todo semejantes a las de los dragones que Yolanda había visto en las viejas ilustraciones de los libros de su biblioteca. A diferencia de aquellos fantásticos animales, el que tenía delante no echaba fuego por las narices.

—¡Dispare!

Ella levantó su rifle automático, aplicando el ojo al visor telemétrico.

—¡No lo olvide, a los ojos!

Otras detonaciones sonaban más lejos, demostrando que los demás cazadores estaban haciendo frente a otros monstruos.

—¡Fuego! —rugió Taum, con los ojos brillantes como el acero.

Yolanda oprimió el gatillo y las balas, en grupos compactos, salieron hacia el colosal animal.

Pero ninguna acertó en los ojos.

Rebotaron los proyectiles en las placas córneas de los saurios, como si hubiesen chocado con el blindaje del más poderoso tanque.

El saurio, que se había detenido unos instantes, junto al cuerpo del «multípodo», atraído por una golosina tan excelente, levantó ambas cabezas al sentir la caricia de los proyectiles que silbaban en derredor suyo; después, bruscamente, descubrió a los dos cazadores y comprendiendo que aquella era la causa de la molestia que experimentaba, cargó contra ellos, como una masa ingente, que iba destrozando las hojas de las plantas que iba encontrando en su camino.

—¡Dios mío! —gritó la muchacha.

—¡Tírese al suelo!

Se dejó caer, casi sin fuerzas.

De pie, junto a ella, Taum posó sólidamente las piernas, ligeramente entreabiertas y apuntó, con una serenidad que sobrecogió a la muchacha, al monstruo que corría hacia ellos.

Dos detonaciones.

El saurio se detuvo, como si una invisible fuerza lo hubiese detenido bruscamente. Luego, inesperadamente, se desplomó, levantando una polvareda tremenda.

—Ya puede usted levantarse, Yolanda.

Su voz era tranquila.

Ella lo hizo, quitándose el polvo que le había caído encima.

—¡Es usted un tirador maravilloso! —exclamó.

—¡Bah! Es la costumbre.

—Me alegro de haber estado a su lado.

Él la miró intensamente.

—Procuraré que siempre sea igual, si no la molesta.

—No.

Entretanto, el saurio más grande, un viejo macho, que debía pasar de las diez toneladas, acababa de descubrir a Fred y Lucy, que habían disparado contra él, sin lograr hacer un solo blanco en los ojos.

Pálida como la muerte, la muchacha se agarró al brazo de su compañero.

—¡Estamos perdidos! —gritó con un hilo de voz, ahogada por la emoción.

La bestia hacía temblar el suelo bajo sus patas fortísimas y sus dos cabezas, con sus cuatro ojos, no se separaban de aquellos diminutos intrusos, con los que pensaba terminar en un instante, despachándoles como aperitivo.

Desasiéndose del brazo de la muchacha, Fred, haciendo de tripas corazón, disparó nuevamente, logrando, esta vez, herir en uno de los ojos a la monstruosa bestia.

El saurio se detuvo, pero solamente un instante, ya que dominando el dolor, lanzóse nuevamente hacia adelante.

Disparó de nuevo Larman, fallando lamentablemente; luego, en última instancia, recordando la pistola que Taum le había entregado, tiró el rifle, empuñando la nueva arma y haciendo fuego seguidamente.

Una sarta de proyectiles brotó del cañón; pero, sin seguir la ruta que las balas normales hubiesen proseguido, empezaron a estallar delante del animal, dejando salir de su seno nuevos proyectiles, que como fuegos de artificios, estallaban nuevamente, produciendo otras explosiones que se sumaban a las anteriores.

Así, una especie de barrera se formó ante el enloquecido monstruo, obligándole a detener, su avasalladora marcha.

Al ver que las explosiones cedían, Fred disparó de nuevo, consiguiendo otra barrera que mantenía alejado al colosal saurio.

Fue entonces cuando los otros cazadores acudieron corriendo.

Harry, que venía a la cabeza, se arrodilló, con una sola pierna, haciendo fuego contra el monstruo, que, herido en los ojos, se desplomó con el estruendo que lo hubiese hecho un edificio de dos pisos alcanzado por una bomba.

Taum, seguido de Yolanda, llegó también en aquellos instantes.

Pero lo hizo demasiado tarde.

Como una furia, Silver se precipitó hacia Fred, dándole de

puñetazos, ya que la escafandra no le permitía abofetearle, cosa que hubiese preferido el asaltante.

Larman retrocedió, bajando la cabeza, pero sin contestar a los golpes.

—¡Imbécil! ¿Es que no sabes disparar? ¿Para qué crees que sirve el fusil?

E intentó golpearle nuevamente; pero Taum, que corrió al ver la escena, retuvo bruscamente el brazo, ya levantado, del impetuoso joven, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Deténgase!

Silver se volvió hacia él.

—¿Qué le importa a usted esto, Taum? ¿No ha visto lo poco que ha faltado para que le ocurriese algo horrible a Lucy?

Taum habló serenamente.

—Fred ha detenido al animal con el fuego de la pistola que le entregué. ¿Qué culpa tiene él de haber fallado los demás disparos? Sin embargo, había matado ya una de las cabezas. Eso demuestra que supo utilizar su fusil.

—¡No le defienda! Es un cobarde y me gustaría poder hacer que regresase a la Tierra hoy mismo, ahora mismo.

—No puede hacerlo. Además, le ruego que se retenga, ya que este ambiente desagradable no puede más que atraernos nuevos problemas.

—Está bien.

—Vamos a recoger las cabezas de esos monstruos. Es lo único que se puede conservar como trofeo de caza.

CAPÍTULO V

SE desechó Titán por la Comisión de Repoblación del Sistema y, por lo tanto, fue completamente abandonado sin dejar en él ninguna

clase de Base humana, ya que no era necesaria.

Después, fue vendido a Taum.

La astronave de este, conduciendo a los viajeros, aterrizó en una de las partes más desérticas, aunque, en realidad, nunca habían visto parajes más solitarios que los que contemplaron durante la fase de aproximación del aparato.

Habían empleado gran parte del viaje en preparar o, mejor dicho, en ver preparar a Taum los valiosos trofeos que habían logrado en Mercurio.

En una estancia que no habían visitado hasta aquel momento y que causó su admiración; Taum se convirtió en un taxidermista maravilloso, que utilizaba los rápidos y seguros procedimientos que la ciencia había puesto en sus manos, convirtiendo aquellas monstruosas y medio destrozadas cabezas, en objetos que serían admirados en la Tierra, por cuantos los contemplasen.

No se hizo distribución alguna de trofeos, ya que era costumbre de hacerlo al final de la cacería y personalmente por el que la había hecho posible. Le cabía, pues, a Silver el honor de regalar aquellos que desease a sus amigos.

Después de los ratos agradables que pasaron en el laboratorio de Taxidermia de Taum, la llegada a tan desolado planetoide les sumió en una especie de desesperado contraste, ya que indudablemente esperaban otra cosa.

—¿Y aquí hay caza? —inquirió Harry, con un gesto dubitativo.

—Sí —repuso Taum—. Aquí, aunque parezca mentira, hay caza. Y de lo más peligroso que existe.

—¿Se refiere usted a las medusas voladoras?

El cazador asintió con la cabeza; luego, señalando el desolado e inhóspito aspecto de Titán:

—La fauna de este planetoide es como él mismo: desolada, cruel, incomprensible…

—No veo ninguna de esas medusas —dijo Charles.

—Lo entiendo. Son casi invisibles, porque están lejos de nuestro alcance, en las capas altas de la tenue atmósfera de Titán.

—¿Y van a bajar para ser cazadas?

Taum sonrió.

—Bajarán, señor Oppel, para cazar, no para ser cazadas. Las medusas permanecen en el aire, a mucha altura, dejándose mecer por las pocas brisas que corren sobre este astro. Solo tienen un ojo, en la parte ventral del cuerpo, entre los que podíamos llamar tentáculos; pero ese ojo es mil millones de veces más potente que el del águila o del lince… A siete o más kilómetros, de altura, distinguen un minúsculo «poko», que han debido extinguirse ya a estas alturas, o un «sunko», que suele, tener el tamaño de una rata pequeña de la Tierra.

—¿Qué son esos animales?

—Son los, únicos pobladores de Titán. Habitan bajo el suelo, pero se ven obligados a salir para digerir sus alimentos, ya que carecen de fermentos y son un poco plantas; es decir, necesitan la acción de los rayos solares para sintetizar las substancias que devoran en el subsuelo: sales y agua.

—¡Qué curioso!

—Los «sunkos» salen solamente para digerir y se tienden al sol, cerrando sus ojos y ofreciendo su panza oronda a los rayos del astro rey. Tienen una placa foto-sensitiva en el abdomen, que les sirve para captar las radiaciones solares. Esa placa es verde, lo que demuestra que posee una notable cantidad de clorofila.

—¡Es extraordinario!

—Y terrible, a la vez. La digestión pacífica de los «sunkos» suele ser interrumpida de una manera cruel, pasando a ser digeridos en los alucinantes estómagos de las medusas.

—¿Alucinantes?

—¿Le extraña el nombre, señorita Yolanda?

La joven asintió, con un gesto del mentón.

—No me parece un adjetivo que pueda aplicarse normalmente a un estómago.

—Tampoco lo creía yo, hasta que disequé la primera medusa.

—¡Cuéntelo, por favor! —dijo Harry.

—Eso es lo que voy a hacer. Cuando abrí la primera medusa, para disecarla, me encontré que su estómago no podía ser llamado así, ya que, en realidad, estaba constituido por su propia prole...

—¿Qué quiere usted decir?

Taum esbozó una sonrisa.

—Que las medusas de Titán son unas excelentes madres que causarían un verdadero placer maternal, si no fuesen, al mismo tiempo, tan crueles.

Hizo una pausa y después:

—El estómago de las medusas está formado por un repliegue ventral, capaz de distenderse tremendamente. Esto quiere decir que pueden caber en él los objetos más dispares.

—¿Es capaz de devorar a una persona?

El cazador miró a Charles, que era quien le había hecho aquella, pregunta.

—Sí, amigo mío. Una medusa de este tipo es capaz de engullir, al mismo tiempo, dos seres humanos, sin manifestar la menor «incomodidad digestiva».

Charles sonrió.

—Comprendo —dijo.

—Pero volviendo al estómago. Dentro de esa especie de saco,

semitransparente, como casi la totalidad del cuerpo de la medusa, cosa que la hace casi completamente invisible; dentro de ese saco, repito, encontré medio centenar de medusitas, perfectamente adheridas a la pared interior y que, según he sabido después, son las encargadas de disfrutar, antes que nadie, de la presa capturada por su madre.

—¿Y de qué se alimenta la madre?

—De lo que dejan los pequeños.

—Tiene gracia —dijo Harry—. Me está usted recordando a los canguros, con su bolsa marsupial, donde sus hijos se cobijan.

—Es parecido, pero, al mismo tiempo, totalmente diferente. La ley de la vida, en este desolado planeta, es terrible. Cuando pasa un tiempo y la medusa se hace vieja, perdiendo la velocidad de «caída», ya no puede capturar más «sunkos» y sigue flotando dulcemente... hasta que es devorada por sus propios hijos.

—¡Qué horror!

—Es una ley de vida, señorita Yolanda. Los pequeños han ido creciendo, siendo cada vez más fuertes... y estando cada vez más hambrientos. Ellos, con toda seguridad, ignoran que el habitáculo donde viven es el cuerpo de su madre. Y cuando el apetito los enloquece, devoran este cuerpo que les dio vida, convirtiéndose en animales adultos, que comienzan la cacería vertiginosa de los «sunkos» como los demás.

—Es curiosísimo —dijo Charles—, aunque creo que se ha olvidado de algo fundamental.

—Usted dirá.

—¿Y los machos? ¿Tienen el mismo problema?

Lucy dejó oír su carcajada irónica.

—¡Tenía que ser un hombre quien reclamase la presencia de sus semejantes entre las medusas!

Taum sonrió y después de mirar a Lucy, se volvió hacia Charles.

—Siento decepcionarle, señor Oppel. Las medusas no tienen machos.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó, jovialmente, Lucy—. ¡Es una buena lección, amigo mío!

—¿Entonces? —inquirió Charles.

—Las medusas se reproducen —le contestó el cazador— por partenogénesis (1)

—¡Ah! Ya comprendo.

—Y ahora vamos a prepararnos. Tenemos que cazar algunas y abandonar este mundo desolado.

—Tiene usted razón, Taum —dijo Yolanda—. No sé por qué, pero este planetoide me da escalofríos.

—La caza de estos animales requiere un cuidado extremo.

Podemos ir por parejas, pero las mujeres tendrán que venir conmigo.

—Yo me llevaré a Fred —dijo Oppel.

* * *

La salida de aquella tarde fue completamente nula y regresaron a la astronave, dispuestos a descansar, ya que, debido a la rotación rapidísima de Titán, los días y las noches se sucedían a toda velocidad, no durando más de seis horas cada uno de ellos.

En cuanto hubieron cenado, se dirigieron hacia sus cabinas particulares y Taum se encerró en el laboratorio para ultimar sus trabajos sobre las cabezas de los saurios de Mercurio.

Por su parte, Charles no tardó en salir de su cabina, en cuánto estuvo seguro de que todo estaba en silencio, dirigiéndose hacia la que ocupaba Lucy, en cuya puerta golpeó quedamente.

La muchacha abrió, dejando pasar a su cómplice.

—Ha llegado el momento —dijo este.

—¿Tú crees?

—Sí. Hay una pequeña astronave, de las dos que hemos dejado hace un rato ahí afuera. Creo que no se nos presentará una ocasión como esta.

—¿Quieres llevártela, entonces?

—Sí.

—¿Cómo lo harás?

—Con tu ayuda. Yo llamaré a la puerta de la cabina de Yolanda, diciéndole que tú la llamas porque te has puesto repentinamente enferma. Luego, cuando me abra, le pondré en el rostro un pañuelo con cloroformo y me la cargaré a la espalda, dirigiéndome hacia la pequeña astronave. Después me iré con ella.

—¿Y cuál es mi papel en todo eso?

—Sencillo. Irás a la astronave y pondrás en marcha los motores, de forma a que cuando yo vaya, todo esté dispuesto. ¿Sabes hacerlo?

—Sí.

Después de un corto silencio, ella preguntó:

—¿Están todos dormidos?

—No se oye nada.

—¿Y Taum?

—No lo sé. Creo que se fue al laboratorio. Como está en el piso último, será el que menos nos oiga.

—Está bien. Voy para allá.

—¿Y la escafandra? —inquirió él, al ver que la joven hacía ademán de dirigirse hacia la puerta de la cabina.

Ella sonrió.

—Es verdad. Lo olvidaba.

Le ayudó él a ponérsela y la joven, una vez fuera, se dirigió hacia

la puerta, saliendo al exterior.

Charles, entretanto, fue hacia su cabina y se puso el trajo del espacio, cogiendo otro de repuesto, que se puso bajo el brazo, para endosárselo a Yolanda, en cuanto hubiese logrado adormecerla.

Estaba contento.

Seguro de que su plan se llevaría a efecto, salió nuevamente al pasillo, empezando a andar cautelosamente hacia el lado donde estaba situada la cabina de Yolanda.

Fue entonces cuando sintió que la puerta de la astronave se había abierto y cerrado, cosa perfectamente audible, debido al silbido del aire que entraba en la cámara estanco de la recuperación de oxígeno.

Se detuvo.

Le parecía completamente imposible que Lucy hubiese logrado llevar a cabo el encendido de los motores en tan corto tiempo. Así, dejando el traje que llevaba bajo el brazo en el suelo, retrocedió, al tiempo que una indecible angustia se apoderaba de él.

¿Taum?

No podía ser otro.

Aquel maldito hombre debía haber oído salir a Lucy y ahora salía él, tras ella, para saciar su curiosidad. Si tal cosa había ocurrido, la ocasión propicia se perdería irremisiblemente.

Oppel soltó una maldición y acercándose a uno de los ojos de buey, ya junto a la puerta, intentó ver lo que pasaba en la astronave que les había servido para buscar las medusas.

Pero la oscuridad era muy intensa y no logró ver absolutamente nada.

No sabía qué hacer.

La desesperación le ganaba y después de esperar un gran rato el regreso de la muchacha, el miedo se apoderó de él.

¿Y si Taum descubría todo aquello?

La sola idea de hallarse ante el cazador enfurecido le puso los pelos de punta.

Así, deshaciendo el camino recorrido, volvió al pasillo de las cabinas, recogió apresuradamente el traje espacial que había dejado en el suelo y volvió a, su habitación, cerrando cuidadosamente la puerta con llave.

Estuvo muchísimo tiempo sin dormir y, finalmente, no pudiendo más con la tensión nerviosa que le aquejaba, desplomóse, rendido, sobre el lecho, quedando como un tronco, sin desnudarse siquiera.

* * *

Cuando la luz del sol penetró por el ojo de buey, se despertó sobresaltado, sin comprender absolutamente nada, aún atontado por el sueño, que no había sido el suficiente para que descansase.

Oyó, en el pasillo, algunos pasos y arreglándose lo mejor que pudo, para hacer creer que acababa de vestirse, salió de su cabina, tropezándose con Harry, que le sonrió con simpatía.

—¡Somos los dos madrugadores del grupo, Charles! Los otros deben seguir durmiendo.

—¿Y Taum?

—Acaba de subir a la cabina de mando y me ha dicho que nos fuéramos preparando. ¿Vamos al comedor?

—Como quieras,

Una vez ante la mesa. Charles hizo lo imposible por dominar sus nervios, pero, por muchos esfuerzos que hizo, no pudo probar casi bocado, cosa que no dejó de extrañar a su anfitrión.

—¿Qué te ocurre?

—He pasado una noche malísima.

—¿No habrás soñado con las medusas, verdad?

—No.

—Yo sí. Ese demonio de Taum explica las cosas de una manera que le hace a uno volver a revivirlas en cuanto cierra los ojos. Es interesante esta cacería, ¿verdad, Charles?

—Mucho.

—Yo estoy cada vez más contento de haberla emprendido.

—Yo... también.

—Ya lo sé. Y cuando pienso en lo que todavía nos espera, se me hace la boca agua... ¡Ya verás lo que vamos a presumir cuando estemos nuevamente en Nueva York!

—Lo supongo.

Intentó sonreír, pero no logró más que una desagradable mueca.

—Si no te encuentras bien, puedes quedarte esta mañana en la cama.

Charles protestó vivamente.

—¡No, si estoy perfectamente! Ya te he dicho que lo único que me pasa es que no he dormido bien; eso es todo.

Fue en aquel momento cuando Taum apareció en el umbral del comedor.

—¿No saben ustedes nada?

—¿De qué? —inquirió, inocentemente, Harry.

Charles palideció e hizo todos los esfuerzos posibles para aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de poseer.

—Lucy y Fred han desaparecido. No están en la astronave.

CAPÍTULO VI

CHARLES sintió como si el suelo de la astronave cediese a sus pies.

—¿Qué dice usted, Taum? —inquirió Harry, poniéndose en pie.

—Que Lucy y Fred han desaparecido. El control de la puerta de salida marca que se ha abierto dos veces, hacia afuera. Han salido dos personas.

Hubo un corto silencio; después, Taum, con voz recia:

—Vamos a salir ahora mismo. Yolanda se quedará en la astronave. No quiero más complicaciones.

Momentos después, ya con las escafandras y armados, salieron del aparato; tras poner a Yolanda en antecedentes de lo que había ocurrido. La muchacha hizo lo imposible por conseguir acompañarles, pero el cazador se negó en redondo y Yolanda hubo de ceder finalmente

Después de registrar los alrededores, Taum entró en la pequeña astronave auxiliar, llamando a los otros.

—Recorreremos el planeta de un lado a otro. Espero que tengamos suerte.

—¿Qué cree usted que ha podido ocurrir? —inquirió Charles, haciendo un esfuerzo por parecer tranquilo.

—No pueden haber ocurrido —dijo Taum, con aspecto sombrío— más que dos cosas: o se han salvado o están en el interior del estómago de alguna medusa.

Ambos amigos se estremecieron.

Volando casi a altura nula recorrieron una gran extensión de terreno. En la cabina de proa, con unos gemelos, Taum iba mirando detenidamente las fisuras del terreno desértico.

—¿Piensa usted hallarlos tan junto a la tierra? —inquirió Harry.

—Las medusas —repuso el cazador— no se mueven del suelo durante el tiempo que están haciendo su complicada y familiar digestión,

—Pero ¿es que no se han podido salvar? —preguntó Harry.

—Me extrañaría mucho.

Siguieron observando incansablemente hasta que Taum cambió de rumbo, comunicándose entonces con Yolanda por medio de la radio.

—¿Han encontrado algo? —inquirió la joven con una ansiedad que se transparentaba en el tono de su voz.

—Nada por ahora.

—No les habrán atacado esos horribles monstruos, ¿verdad?

—Todavía no lo sabemos, pero es de esperar que se hayan salvado. Aunque, según he podido comprobar, Lucy salió sin armas.

—¡Qué locura, Dios mío!

—No se preocupe, Yolanda. Y, sobre todo, no se mueva de ahí por ningún concepto. ¡Ya tenemos bastantes quebraderos de cabeza!

—No me moveré de ahí, señor Taum.

—Está bien. Nosotros, con toda seguridad, vamos a pasar la noche en la parte sur del planetoide. ¿No tendrá miedo, verdad?

—No, no tengo miedo. Estoy muy preocupada por lo de esos pobres amigos. ¡Esperemos que no les haya ocurrido nada!

* * *

Al oír los pasos en el pasillo, Fred, que no se había dormido ni desnudado, se acercó a la puerta, colocando el rostro junto a la madera y escuchando aquellos rumores extraños que le habían llamado la atención.

Luego, cuando los pasos disminuyeron, salió al pasillo, acertando a ver a Charles, que, en aquel preciso instante, entraba en la habitación de Lucy.

Perplejo, Laman permaneció junto a la puerta de su cabina durante unos instantes; después, sacando fuerzas de flaqueza, avanzó hasta colocarse junto a la de la cabina de la muchacha, pudiendo oír

así la totalidad de la conversación que se desarrollaba allí dentro.

Al oír después los pasos de la muchacha huyó de su habitación, saliendo de ella cuando los pasos de Lucy se perdieron por la escalinata que conducía a la puerta de salida.

Ya en aquel momento Fred se había puesto su traje espacial a toda prisa y cogido su rifle, además de la pistola que le había dado Taum y cuyas excelencias conocía perfectamente, no estando dispuesto a dejarla por nada del mundo.

La puerta de la astronave acababa de cerrarse y Fred esperó unos instantes antes de aventurarse en la cámara-estanco, oprimiendo después el botón que vaciaba la cámara de oxígeno, poniéndola en las mismas condiciones ambientales del exterior.

Después se abrió la puerta.

La noche del planetoide era intensamente negra y las estrellas, perfectamente visibles a través de la enrarecida atmósfera de Titán, hacían que el firmamento pareciese aún mucho más negro que el que los ojos humanos pueden contemplar en la Tierra.

Sin embargo, y gracias a la luminosidad que brotaba de los ojos de buey de la astronave de la que acababa de salir, Larman pudo ver la silueta de Lucy que se alejaba hacia la nave auxiliar que habían utilizado el día anterior para buscar la caza.

Corrió hacia ella.

Sin saber exactamente por qué, estaba casi seguro de que un peligro horrible se cernía sobre la imprudente muchacha. Así, cuando poco después, al estar ya casi encima de Lucy, vio la sombra tremenda que descendía rápidamente del cielo, se le heló la sangre en las venas al comprender que se trataba de una de aquellas alucinantes medusas de las que tan detalladamente había hablado el cazador.

Casi no se dio cuenta de lo que ocurría.

La sombra cayó sobre Lucy, envolviéndola en una especie de masa que le pareció ligeramente fosforescente.

No se atrevió a disparar por miedo de herir a la muchacha; pero, al observar que el monstruo, después de tragarse al ser humano, se arrastraba penosamente, alejándose lentamente de allí, la siguió, dispuesto a luchar por hacerla soltar su presa.

La fosforescencia del cuerpo de la medusa había aumentado notablemente circunstancia que favorecía su persecución. Y así pudo Fred seguirla, sin importarle que se iba alejando más y más de la astronave.

De todas formas, a pesar de no separar los ojos del monstruo, Larman no dejaba de mirar al cielo, esperando, como así ocurrió, que otros voraces y alucinantes animales le atacasen.

El rifle disparó varias veces, casi sin ruido, porque la carencia casi total de atmósfera en Titán impedía la propagación del sonido.

Debió herir mortalmente a alguno de sus agresores, porque sintió la caída, por lo menos, de un par de ellos. Después, cuando un denso grupo intentó devorarle, disparó con la pistola, asustándolos hasta tal punto que desaparecieron tan rápidamente como se habían acercado.

Siguió a la fosforescente medusa que llevaba a Lucy en su monstruoso estómago.

Un poco más allá creyó perderla, encontrándola nuevamente detrás de unos riscos.

Indudablemente, el animal se había dado cuenta de que era perseguido y hacia lo imposible por escapar; mientras, en el interior de su cuerpo, sus pequeñuelos, tan monstruosos como ella, debían haber empezado su fatídico festín

Al pensar en aquello, Fred se estremeció de pies a cabeza.

Un sudor frío perlaba su frente y solo el deseo de liberar a la pobre muchacha le hacía olvidar el peligro que él mismo corría.

Amaneció por fin.

La medusa se había detenido junto a una roca, en la que parecía descansar por el momento. Era un animal de cerca de seis metros de altura, grueso como el tronco de un árbol gigante y formado por una masa traslúcida, en muchos sitios transparente, que le daba e] aspecto de medusa que le había valido tal nombre.

La parte inferior de lo que podía haberse llamado «su velo» reposaba blandamente sobre el suelo: pero, evidentemente, aquel animal debía poseer un positivo empuje hacia arriba, ya que hubiese sido completamente imposible que se sostuviese en aquella posición de cualquier otra manera.

Pero no fue aquello solamente lo que aterrorizó a Fred. Ya desde hacía poco, cuando empezó a acercarse al animal, le había parecido ver una extraña silueta en su interior. Y después, cuando la luz del día se hizo más intensa y la visibilidad pudo ser perfecta, el terror de Larman creció hasta lo indescriptible.

¡Porque aquella silueta era la de Lucy, que se veía perfectamente, a través de las paredes del estómago de la medusa!

Larman hubiese disparado instantáneamente de no haber llegado a la lógica conclusión de que su compañera estaba viva. El hecho de llevar puesta la escafandra espacial y los depósitos de oxígeno hacían que aquella desdichada viviese en el interior del animal, donde... ¡estaba siendo devorada viva!

Haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad e intentando dominar las náuseas que le invadían, Fred avanzó aún hacia el monstruo percatándose de que apenas si «sus hijos» habían empezado a atacar a la muchacha.

La idea de sacarla de allí seguía poderosamente anclada en él.

Pero... ¿cómo?

Tenía que disparar, contra algún punto vital de aquel monstruo, cuya anatomía conocía tan poco. Y, al mismo tiempo, procurar, por todos los medios posibles, que el proyectil no hiriese, a la muchacha.

Contempló, rabiosamente, la medusa, intentando descubrir algo vital en ella. Finalmente, le pareció que la mancha que se veía a través de lo que podía ser la cabeza, semejaba estar sometida a un latido constante y llegó a pensar en que se tratase del corazón, aunque no estaba muy seguro que las medusas lo poseyesen.

No podía esperar más y poniendo rodilla en tierra, apuntó cuidadosamente a aquella mancha negruzca, oprimiendo después el gatillo, mientras rezaba, en su interior, porque no se equivocase.

La medusa sé sacudió violentamente, sometida a una especie de estremecimientos mayúsculos; después, ante el rostro atónito del joven, se desplomó, cayendo cual larga era en el suelo.

En otras circunstancias, Larman hubiese lanzado un grito de triunfo; pero ahora, a pesar de haberlo conseguido, permaneció un poco en una inmovilidad absoluta, preguntándose si aquello no podía ser una maniobra del monstruo, que esperase que él se acercara para incorporarle a su estómago, ya que había oído decir a Taum que eran capaces de devorar dos seres humanos a la vez.

Pero, en contra de sus temores, la medusa permanecía completamente inmóvil y Fred, sin dudarlo más, avanzó, esgrimiendo un cuchillo, con la idea de liberar a la pobre Lucy.

El contacto con la masa viscosa del cuerpo de la medusa le dio repugnancia; pero, venciéndola, empezó a cortar, denodadamente, en busca de aquel alucinante estómago, como lo había llamado el cazador.

Tardó cerca de una hora en llegar junto al cuerpo de Lucy.

Una baba verdosa le cubría de pies a cabeza, pero él continuaba trabajando, sin hacer caso del cansancio que hacía que le doliesen los músculos de los brazos.

Finalmente, pudo tirar del cuerpo de la muchacha, dejándolo lejos de la medusa.

Fue entonces cuando vio, por vez primera, los «hijos» del monstruo que, como repugnantes babosas, cubrían enteramente a Lucy.

Luchó contra ellos, arrancándolos, por docenas, de la muchacha y pisoteándolos después, con una, rabia tremenda. Pero, cuando logró liberarla de sus enemigos, diose cuenta de que era muy posible que hubiese llegado demasiado tarde.

¡Habían devorado el brazo derecho de Lucy!

Al contemplar aquella herida horrible, Fred se sintió desfallecer; pero la ausencia de sangre, que denotase una hemorragia fatal, le tranquilizó un tanto. Además el muñón parecía completamente

cerrado.

También vio otras heridas, pero todas eran de muchísima menos importancia y podían ser curadas fácilmente.

El ruido del motor de la astronave auxiliar, aunque disminuido por el enrarecimiento de la atmósfera de Titán, le, hizo volver la cabeza.

El aparato se posó a media docena de metros de él.

Momentos más tarde, el cazador, seguido por Harry y Charles, estaban junto a él, arrodillado el primero al lado del cuerpo de Lucy.

—¿Podrá hacerse algo por ella? —inquirió Silver.

Taum tardó un tiempo en contestar.

—Creo que sí —y levantándose, cogió a Fred por un brazo.

—¿Cómo demonios se les ocurrió salir de la astronave? ¿Qué se proponían?

—Yo salí tras ella —repuso Fred—, al darme cuenta que se iba y para hacer que regresase a la astronave.

—¿Cree que puedo creerle?

Fue entonces cuando la voz de Charles se dejó oír.

—Yo les oí hablar, una vez, de que querían fugarse juntos.

La mirada incrédula de Larman se posó sobre él.

—¿Fugarnos? ¿Por qué?

—¡Ah, eso no lo sé!

Oppel había encontrado una salida y pensaba sacar de ella todo el provecho posible.

—Eso es absurdo —dijo Taum—. ¿Dónde diablos quería usted que se dirigiesen?

—Podían querer apoderarse de esta astronave auxiliar.

—No hubiesen podido hacerlo. Yo guardo siempre las llaves de contacto.

Charles palideció, estremeciéndose.

¡Él no conocía aquel detalle del astuto cazador y se congratulaba ahora de no haber salido, como lo pensaba, en compañía de Yolanda!

Intervino Harry.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es regresar a la astronave y hacer lo imposible porque Lucy se recupere. Estamos perdiendo lamentablemente el tiempo en vanas discusiones.

Taum asintió con la cabeza.

Cargóse el cazador a Lucy como si se hubiese tratado de un bebé y entró en la astronave, seguido por los otros.

—Más tarde volveré a por esa medusa —dijo. Y tras haber colocado cómodamente a la muchacha, volvióse hacia Fred—. ¡Enhorabuena, amigo!

—¿Por qué?

—Déjeme que pregunte yo. ¿Cómo adivinó que la mancha oscura

es el cerebro de la medusa?

—¿El cerebro? ¡Creí que era el corazón!

—Las medusas no tienen corazón y, hablando con más exactitud, tampoco tienen cerebro; pero esa especie de ganglio nervioso lo sustituye y hace su papel en el cuerpo del monstruo... ¡Buena puntería, amigo!

Fred sonrió, atreviéndose a lanzar una mirada de soslayo a Harry; pero este parecía profundamente ensimismado.

La llegada a la astronave obligó a Larman a volver a relatar lo ocurrido, esta vez ante Yolanda. Taum, en su laboratorio-clínica, había curado magistralmente a Lucy, que seguía inconsciente, echándola después en su cabina y dando orden que nadie la molestase.

Cuando Fred describió, no sin un visible nerviosismo, el espectáculo del cuerpo de Lucy, visible a través de la pared traslúcida del organismo de la medusa; Yolanda se llevó las manos al pecho.

—¡No diga usted esas cosas, por favor!

Taum sonrió imperceptiblemente.

—Es usted —dijo—, después de mí, el único ser humano que ha asistido a semejante espectáculo.

—¿Murió algún otro de sus clientes aquí? —inquirió Harry.

—Sí. Fue al principio, en la segunda expedición que hacía yo a Titán, con un grupo de cazadores, como ustedes. La primera había resultado un fracaso y de no estar seguro de la existencia de las medusas, gracias a lo que había leído en las descripciones de los pioneros que llegaron aquí, del servicio del Sistema, hubiera llegado a no creer en que las había.

»Me faltaba, naturalmente, la experiencia que hoy poseo y aquello fue lo que nos causó la desgracia. Salimos a campo descubierto, como si se tratase de cazar saurios bicéfalos, y un grupo de medusas se lanzó sobre nosotros.

»Luchamos sin descanso, derribando a algunas de ellas; pero no pudimos evitar que uno de nosotros se dejase llevar por el terror y se alejase del grupo, siendo devorado ante nuestros propios ojos.

—¡Qué horror!

—No puede usted imaginárselo, Yolanda, No nos atrevíamos a disparar, por miedo a herir a nuestro amigo, que se debatía desesperadamente en el interior del estómago de la medusa. Fue mucho más tarde, cuando ya no quedaba casi nada de él y el animal, más ligero, intentaba volar, cuando hicimos fuego contra él, matándolo. Después, al disecarlo, descubrí que el punto más vital de su organismo era aquel ganglio nervioso que regía todos sus movimientos.

—¿Quiere decir eso que yo no lo maté al destrozarle ganglio? —inquirió Fred, mortalmente pálido.

—Eso es. Usted no mató al animal, pero al destruir su control nervioso, lo paralizó por completo. Después lo mató, al destrozarle a cuchilladas.

—¿Por qué no dejamos de hablar de eso? —suplicó Yolanda.

—Está bien —dijo Taum—. Yo voy a buscar esa medusa. Después creo que debíamos irnos de Titán. Este planetoide nos ha dado mala suerte.

CAPÍTULO VII

LLEVABAN ya tres días alejándose de Titán, con la proa apuntando a Marte.

Yolanda había, sido la única en intentar que la expedición regresase a la Tierra, pero Harry, que era quien hubiese podido ordenarlo, no parecía dispuesto a dejar pasar tan excepcional ocasión

Desde que le había conocido, Yolanda admiró y quiso a Harry sinceramente, sin que en ninguna ocasión se parase en las consideraciones de la fortuna que poseía el muchacho. Lo quería tal y como era, con todos sus defectos de niño malcriado, pero con un buen corazón en el fondo.

Sin embargo, la negativa a volver a la Tierra, después de la desgracia que había caído sobre Lucy, hizo que la muchacha viese a su prometido desde un punto de vista completamente nuevo… y nada agradable.

Lucy se había recuperado casi por completo, pero no soportaba la visita de nadie. Y, excepto Yolanda o Taum, nadie podía entrar en su cabina.

La joven había estado a punto de volverse loca cuando conoció la realidad horrible de su desgracia. Ella, que había jugado siempre con

su belleza como con un naipe afortunado qué la vida le había dado —su as más alto, como ella solía decir—, viose ahora convertida en una mutilada que, a pesar de los adelantos de la cirugía plástica y la ortopedia, no dejaría de serlo nunca.

Las visitas de Yolanda serenaron su espíritu y, sin miedo ya a una represalia de Harry, contó, a su amiga todos los siniestros planes que, junto a Charles; habían forjado.

Naturalmente, Yolanda se horrorizó.

—No debes tomarlo así, querida —le dijo Lucy, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Yo ya he recibido mi castigo y él, si sigue pensando de la misma manera, recibirá el que le corresponda. Pero si te he hablado de ello, es para que tengas cuidado y vigiles a ese hombre, que no cejará en sus propósitos así como así.

Yolanda hubiese deseado comunicar todo aquello a Harry; pero la realidad era que parecía haberse abierto un abismo entre los dos jóvenes, ya que ella no lo consideraba de la misma manera que antes.

Tampoco notó la joven que Taum, que se había percatado perfectamente de todo, se hacía cada vez más obsequioso con ella. Para Yolanda, aquella amabilidad parecía guiada por los mejores sentimientos, como si el cazador desease animarla, ante la desgracia que había caído sobre la otra mujer.

El quinto día llegaron a Marte.

Harry seguía tan entusiasmado como al principio y no dejaba de hacer preguntas sobre aquellos insectos rarísimos que poblaban los desiertos marcianos.

Aquella vez, para evitar que por el asunto de Lucy les hiciesen regresar a la Tierra, no aterrizaron junto a la Base del Sistema, sino que lo hicieron en pleno desierto rojizo del planeta, cerca de donde podían hallar la fantástica caza.

—Los insectos de esta parte del planeta —explicó Taum— alcanzan hasta metro y medio de longitud y son parecidísimos a los que conocemos en la Tierra: moscas, mosquitos, saltamontes, hormigas...

—¿Son muy peligrosos?

—Todos los animales lo son. Y estos, por la extraordinaria fuerza que poseen, lo son mucho.

—¿Y cuál es su propiedad más importante?

—La de cambiar de forma. Por eso se les llama metamórficos. En realidad y según lo que he leído de esta interesante fauna, todos ellos proceden de una misma especie de larvas, lo que puede explicar, en cierto modo, esos bruscos cambios de aspecto de que son capaces.

—Pero ¿qué es lo que logran hacer?

—Modificarse por completo. Una hormiga, por ejemplo, ante la presencia de un peligro superior, se convierte, en un instante, en una

mosca o cualquier otro tipo de insecto alado. Y viceversa. ¿Lo entiende ahora?

—Perfectamente. Pero será dificilísimo cazarlos.

—Lo es. Pero he estado aquí muchísimas veces y nunca salí de Marte con las manos vacías.

—¿Cómo lo logra?

—Ya lo verá usted. Los insectos marcianos son los únicos animales con que hay que utilizar presas vivas de la Tierra. Por eso he traído perros, gatos y algunas ovejas para que nos sirvan de cebo.

—¿Las devoran?

—Depende de la forma que adopten. Pero como generalmente, a la proximidad de un peligro o un ser extraño, toman la forma de dípteros o de mosquitos, suelen atacar a sus presas, chupándoles la sangre.

—No es nada agradable.

—Pero es la única manera de conseguir atraparlos.

Yolanda se levantó de su asiento.

—Conmigo, señores, no cuenten.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Harry, mordiéndose los labios.

—Que para mí —repuso decididamente la muchacha— la cacería terminó definitivamente en Titán.

Silver permaneció en silencio; después, encogiéndose de hombros, dijo:

—¡Haz lo que quieras!

Ella abandonó el salón y hubo un largo silencio entre los hombres.

Harry lo rompió:

—¡Es imposible con las mujeres!

—Puede que tenga razón —dijo Taum.

—¿Por qué?

—Sus nervios deben de estar destrozados. ¿Se imagina usted lo que debe pensar? Para una mujer la integridad de su cuerpo es lo más importante y después de lo que le ha ocurrido a Lucy, esta muchacha debe de estar loca de terror. Es una cosa muy natural.

—¡Lo qué le ocurrió a Lucy fue culpa suya! —protestó Harry—. Si no hubiese salido de la astronave sin permiso de nadie, no le hubiese ocurrido nada.

—Eso no cuenta para ella, amigo mío.

—Es igual. ¿Cuándo salimos a cazar?

—Enseguida. Vamos a preparar los cebos. ¿Quieren venir conmigo?

—Yo desearía tomar unas notas —dijo Charles.

—Bien. Venga conmigo, Fred. Y usted también, Harry.

Los condujo a lo que podía ser la bodega de la astronave. Allí, en

sus jaulas, una multitud de pequeños roedores, hacían un ruido espantoso y, al final, media docena de perros de razas distintas aullaban sonoramente.

Taum lanzó una rápida mirada hacia la puerta del fondo, tranquilizándose al ver que estaba completamente cerrada. Allá, al otro lado, estaba su secreto, al que veía cada noche y había temido, por un momento, haber dejado la puerta entreabierta.

Aunque «ellos», sin su permiso, no abandonarían jamás su encierro.

Metieron los animales en jaulas portátiles y Fred no pudo evitar una mirada de compasión para aquellas pequeñas criaturas, que la crueldad de los hombres destinaba a tan horrendo fin.

Fue entonces cuando llegó hasta ellos un alarido infrahumano.

—¡Es Yolanda! —gritó Harry.

Fred se adelantó a los demás, corriendo como un loco hacia la cubierta superior, de donde había surgido el alarido de Yolanda. Detrás de él, Harry y el cazador le seguían de cerca.

Junto a la escalera de las cabinas encontraron a Charles, que les miró con la extrañeza pintada en el rostro.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué han gritado?

—No lo sé —repuso Larman sin dejar de correr.

Se incorporó Oppel al grupo y poco después se detenían ante la puerta de la cabina de Lucy, donde Yolanda yacía en el suelo, sin conocimiento.

Pensando de idéntica manera, los hombres penetraron en tromba en la cabina y Fred, que seguía siendo el primero, retrocedió aterrado, con la mirada fija en el lecho.

Lucy estaba allí y alguien había arrancado la ropa que cubría su cuerpo. El camisón de seda estaba manchado con algunas salpicaduras de sangre; pero no era aquel detalle el que había dejado mudo a Fred.

Los pies aparecían, o lo que de ellos quedaba, como si algunos roedores hubiesen hecho presa en ellos. Además, un largo estilete estaba plantado en el pecho de la desdichada muchacha.

Taum lanzó un rugido a espaldas de Fred.

—¡La han asesinado! —exclamó con voz ronca.

—Eso es —dijo Larman—; pero además le han medio devorado los pies.

Y se volvió hacía Taum, mirándole fijamente.

Charles, junto a Harry, temblaba como una hoja sacudida por un árbol.

—¡Es espantoso! —dijo al fin.

—Pero, ¿qué ha sucedido? —inquirió Silver, cuyo rostro estaba blanco como el papel.

Taum movió la cabeza de un lado para otro.

—No lo sé. Indudablemente alguien ha asesinado a esta muchacha; pero lo de los pies es completamente inexplicable.

Silver reaccionó entonces.

—¿Asesinado? ¿Quién?

Y Larman, cuando menos se esperaban sus palabras, las dejó caer, con la fuerza de una acusación irrebatible:

—Uno de nosotros es el asesino.

Se miraron, en silencio, como si intentasen ahondarse hasta lo más íntimo del alma.

—Nosotros tres estábamos juntos —musitó Harry, que estaba profundamente emocionado.

Y Taum, volviéndose hacia Charles:

—¿Dónde estuvo usted, señor Oppel?

La palidez del rostro de aquel hombre era indescriptible.

—En mi cabina... ¿No van a creer que yo lo hice, verdad?

—Yo no digo nada; pero, indudablemente, míster Larman tiene razón. En esta astronave no estamos más que nosotros...

El silencio se hizo intolerable. Y hubiese llegado al más alucinante paroxismo, a no ser por el gemido que lo rompió y que provenía del pasillo.

Recordaron entonces a Yolanda.

Fred salió y cogiendo a la muchacha en sus brazos la llevó, seguido por los otros, hasta uno de los sillones del salón.

La joven se recuperaba rápidamente.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —inquirió, al tiempo que abría sus ojos.

Pero, indudablemente, lo recordó todo de repente y, lanzando un grito ahogado, se echó a llorar. Su cuerpo se movía al impulso violento de los sollozos.

Harry intentó calmarla.

—Vamos, querida, no te pongas así...

Pero ella, abriendo los ojos, arrasados por las lágrimas, le lanzó una mirada de rencor.

—¡Todo es por tu culpa, estúpido! si me hubieses escuchado, ya estaríamos de camino hacia la Tierra y se hubiesen evitado todas estas horribles desgracias.

—No se excite, señorita —intervino Taum, conciliador—. Todavía no sabemos lo que ha pasado y desearíamos que usted nos explicase lo que vio.

Ella le miró, con franca simpatía y después de suspirar un par de veces, dijo, en voz baja.

—Yo estaba en el salón cuando oí un quejido; no me parecía emitido por un ser humano, sino que parecía el lamento de un niño... Curiosa más que asustada, me encaminé hacia el pasillo y entonces,

cuando estaba junto a la puerta de la cabina de Lucy, unas formas, que apenas pude ver, tropezaron con mis piernas. Muerta de miedo, lancé un grito de horror… y creo que después me desmayé.

—Entonces —dijo Fred—, ¿no viste a Lucy?

—No. ¿Le ha pasado algo?

—No. Está… desmayada. Pronto se recuperará.

Taum se frotaba el mentón, con inusitada energía.

—Qué extraño… ¿Y no puede describirnos «eso» que tropezó con usted?

Ella movió la cabeza negativamente.

—No. Fue demasiado precipitado. Además, el terror me paralizó y fui incapaz de darme cuenta de nada; de nada, excepto del contacto de «aquellos» que, sin duda alguna, salían de la habitación de Lucy.

—¿«Aquellos»? —inquirió Fred—. ¿Se trataba, entonces, de varios?

—De eso estoy completamente segura. Y es curioso, todavía guardo el recuerdo de la desagradable sensación que experimenté cuando «ellos» tropezaron conmigo… Sí, eran varios, de eso no puedo dudar.

Fred se volvió hacia Taum.

—¿Se explica usted esto, Taum?

El cazador se encogió de hombros.

—Francamente, no…

—¿No habrá quedado abierta alguna compuerta de la astronave?

—Vamos a verlo.

Pronto comprobaron que todo estaba perfectamente cerrado y que no podían explicarse lo acontecido.

Después de dejar que Yolanda se acostase, para que se le pasase la crisis nerviosa que se había apoderado de ella —Fred le rogó que cerrase la puerta de su habitación—, se reunieron en el salón de popa.

Charles parecía el más abatido.

—¿Qué piensas hacer, Harry? —inquirió, después de haber logrado encender un cigarrillo con sus temblorosas manos.

—¿A qué te refieres?

—A la cacería.

Silver sonrió despectivamente.

—Yo no pienso ceder. He pagado mucho dinero por esta expedición y no estoy dispuesto, por un estúpido accidente, a volver a la Tierra, donde todos mis amigos se reirían de mí.

—¿Crees que Yolanda resistirá el viaje, si lo continuamos? —preguntó Fred.

—¿Hablas por ella o por ti? Yo no puedo obligar a nadie que salga a cazar; pero nadie podrá impedir que yo lo haga…

Taum asintió con la cabeza.

—Creo que míster Silver tiene razón. Es lamentable el accidente que nos ha ocurrido; pero, después de todo, la culpa fue de la señorita Lucy, que salió, todavía no sabemos por qué motivo, cuando no debía haberse movido de la astronave. Además, creo haber encontrado la explicación de lo de los pies.

Le miraron con curiosidad.

—Me olvidé decirles que los jugos digestivos de las medusas producen gangrena en los lugares donde caen. Es indudable que esto fue lo que le ocurrió a miss Henderson.

—Pero eso no explica lo del estilete —dijo Fred.

—Ya lo sé, señor Larman. Ese asunto pertenece a la policía del Sistema y a ella requeriremos en cuanto regresemos a nuestro planeta. Por el momento, conservaré el cadáver de esa muchacha en una de las cámaras.

—¿Cómo? —inquirió Charles—. ¿No va usted a enterrarla?

—Las leyes lo prohíben, señor Oppel. Por eso, todas las astronaves van dotadas de cámaras frigoríficas «ad hoc».

—¿Y si hubiese sido devorada por la medusa?

—Eso es diferente. En ese caso, hubiésemos firmado un documento destinado a las autoridades del Sistema.

* * *

A instancias de Silver, Taum hizo los preparativos para la caza de los insectos gigantes de Marte. Preparó los animales que utilizarían como cebo y después de almorzar —el día del planeta era lo bastante largo para poder ser utilizado—, salieron de la astronave, tras rogar a Yolanda —Fred fue el encargado de hacerlo—, que no se moviese, por nada del mundo, de su cabina y que la mantuviese herméticamente cerrada.

El desierto marciano apareció ante ellos con su característico color rojizo y su serie de lomas, formadas por piedras de origen volcánico, que manifestaban las antiguas conmociones del planeta.

Charles iba silencioso, sin cambiar palabra alguna con sus compañeros, como profundamente ensimismado y distraído.

Le preocupaba mucho la disposición de Taum para guardar el cadáver de Lucy, lo que haría que la policía del Sistema interviniese en el caso en cuanto llegasen a la Tierra.

Y eso no le convenía.

Había sido él, aprovechando la ausencia de los otros, el que había hundido el estilete en el corazón de Lucy.

No podía fiarse de aquella mujer que, al ver que ya no podía aspirar a lograr la conquista amorosa de Silver y sus millones, se mostraría dispuesta a decir la verdad a los otros, colocándole a él en una delicada situación, probablemente sin salida.

Había obrado en defensa propia, consciente del peligro que se hubiese abalanzado sobre su persona si Lucy se hubiera puesto a hablar de las cosas que ambos habían pensado en común.

De todas formas, en lo que él no había intervenido era en lo de los pies, misterio que no se explicaba, como los demás.

Pero la explicación de Taum le había convencido plenamente y tomaba el relato de Yolanda como el producto de la crisis nerviosa que la joven padecía.

En el fondo, estaba contento de que Silver se hubiese impuesto y la cacería prosiguiese. Mientras esto sucediese, tendría tiempo de poner en marcha un plan para evitar que la policía sideral le molestase.

Su mayor enemigo, sin duda alguna, era Taum, cuya personalidad seguía siendo tan misteriosa como siempre. Había algo en aquel hombre que seguía intrigando a Charles; pero, de todos modos, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para evitar que el cazador pudiese ponerle en manos de la policía.

CAPÍTULO VIII

LLEVABAN cajas donde iban los animales, perros y conejos, destinados como cebos a los insectos. Hasta el momento, no habían visto absolutamente nada, pero nadie preguntó a Taum la causa de aquella desolación, confiando en el experto cazador.

Había cambiado las balas de los rifles, poniendo exclusivamente proyectiles anestésicos, de gran fuerza, ya que los insectos, a pesar de su volumen, eran frágiles y sus trofeos habían de ser recogidos enteros.

El cazador les dio instrucciones.

—Tendrán que disparar junto a la cabeza —les había dicho Taum —, de forma que la sustancia paralizante los deje inmóviles. Después, yo les clavaré un estilete en la médula, matándolos definitivamente, sin estropear sus bellos caparazones.

Hacia el atardecer, se detuvieron junto a una zona en la que las piedras, de gran tamaño, hacían casi imposible la marcha.

—Aquí es —dijo Taum.

Y se puso a clavar estacas, a las que fue atando los animalitos que llevaban, en las jaulas. Pronto, los ladridos de los perros llenaron el

ambiente, destrozando el silencio.

—No vendrán hasta el amanecer. Estos animales no se atreven a salir de sus cubiles hasta que es de día. Debe ser un recuerdo de otras épocas, cuando durante la noche reinaban en el planeta los grandes insectívoros.

Montaron un campamento a medio centenar de metros de los animales que habían atado a las estacas; pero, por mucho que hicieron por dormir, no pudieron conciliar el sueño, excepto Taum, que parecía impermeable a los inacabables aullidos de los perros.

En silencio, alrededor de la hoguera que habían encendido, no pudiendo fumar por las escafandras, permanecieron con la vista fija en las llamas, que más que servirles de fuente de calor —la temperatura estaba muy lejos de ser baja— les animaba, como si hubiesen necesitado aquel viejo símbolo de la humanidad para sentirse más tranquilos y confortados.

Fue Charles quien rompió el silencio:

—¿Iremos a Venus?

—¿Por qué no? —inquirió Harry.

Charles no contestó, pero lo hizo Fred.

—La caza, en aquel planeta —dijo— es la más peligrosa e improbable de todas. Creo que deberíamos dar por terminada la cacería en Marte.

—¿Te hace hablar así el miedo, Larman?

Por primera vez, los ojos del joven se clavaron fijamente en los del multimillonario.

—No, no es mi miedo, aunque lo tenga. Pienso en Yolanda, en la pobre Lucy y en el deseo de todos de que el asesino de esa muchacha pague el crimen que ha cometido.

Silver se encogió de hombros.

—Creo que ese será un misterio que no aclararemos jamás.

—¿Por qué?

—Porque de no haber sido Charles —y miró a Oppel, que ni siquiera se movió—, no hay más que una persona capaz de haberlo hecho.

—¿No te referirás a Yolanda, verdad?

—¿Por qué no?

—¡Eso es una estupidez!

—No lo creas. Lucy se estaba dedicando a mí, desde hace tiempo, de una manera nada fingida. Y, si tengo que serte sincero, no me desagradaba del todo esa muchacha. Además de bonita, era mucho más valiente que la otra, más decidida. ¡Seguro que no me hubiese invitado jamás a dejar la cacería sin terminar!

—Yo también estoy seguro de ello —dijo Charles, encantado de que Silver hubiera encontrado otro probable asesino, lo que le quitaba

un gran peso de encima—. Pero yo no sabía que Lucy se interesaba por ti.

—Lo noté desde el principio. ¡Lástima que no le hiciese caso!

Fred había enrojecido bruscamente y, sin poderse contener:

—¡Es una verdadera locura hacer recaer la culpa sobre Yolanda!

—¿Por qué no?

—Porque esa muchacha es incapaz de hacer daño a una mosca.

—¡Fíate mucho de esas muchachas dulces y delicadas!

—¡No dices más que idioteces!

La mirada de Silver se clavó, sorprendida, en el rostro de Fred. Aquella era la primera vez que esta se atrevía a hablarle en aquel tono.

—¿Qué te pasa? —inquirió, con un claro tono de sorna—. ¿Te has enamorado de ella?

—Eso no te importa.

Harry lanzó una carcajada.

—¡Tú mismo te has descubierto, amigo mío! Y hasta es posible que hagáis una hermosa pareja. Lo malo es que pienso decir a la policía que sospecho de esa mosquita muerta.

Charles estaba encantado; pero, por prudencia, dijo:

—¿Crees francamente que Yolanda ha sido capaz de cometer ese crimen?

—¿Y por qué no? Una mujer es algo mucho más complicado de lo que podemos suponer. Y mi dinero, como he podido comprobarlo muchas veces, ha sido un imán demasiado fuerte para algunas.

Fred fue a decir algo, pero se contuvo.

—Yo —dijo Charles— llegué a desconfiar de Taum.

Había bajado la voz para nombrar al hombre que, a pocos pasos de allí, dormía profundamente.

—¿Y qué hubiese ganado Taum matando a Lucy? —preguntó Silver—. A este hombre, lo que le interesa es la cacería y el dinero que gana a manos llenas.

Era una verdad que parecía tan clara, que Charles no se atrevió a decir nada; pero, en el fondo de su espíritu, seguía sintiéndose inquieto al lado del cazador, cuya personalidad complicada no llegaba a explicarse claramente.

* * *

Un poco antes de amanecer, Taum se desperezó, colocándose al lado de los otros, en lo que iba a ser puesto de espera.

Había elegido una especie de cueva entre aquellas rocas, lugar que constituía un puesto perfecto y desde el que se dominaba ampliamente teda la zona donde estaban los animales utilizados como cebo.

—No olviden —les dijo— que han de disparar junto a la cabeza, ya que, aunque las cápsulas paralizantes son de plástico, el cuerpo de esos insectos es muy débil y si un proyectil chocase contra ellos, el trofeo se estropearía.

—¿Usted no disparará? —inquirió Fred.

—Yo no. Soy el único que lleva proyectiles explosivos en el rifle y los utilizaré, si es necesario, cuando algún insecto intente atacarnos directamente a nosotros.

—¿Son capaces de hacerlo?

—Si. Pero, de todos modos, no hay que temerles excesivamente. Lo que es necesario es que, cuando hayan logrado derribar a unos cuantos, salgan para rematarlos antes de que sus compañeros los devoren. Yo les protegeré con el fuego de mi rifle.

—¿No dijo usted anoche que iba a matarlos personalmente?

—Es igual. Voy a darles un estilete a cada uno y explicarles de la manera que se hace. Es una especie de puntilla y ha de clavarse el estilete al final de la cabeza, entre el espacio que dejan las placas dorsales, a la altura del cuello del animal. No deben temer nada, pues ninguno de ellos será capaz de moverse cuando esté bajo la acción de las cápsulas paralizantes.

—¿Y esos cambios de forma que usted dijo?

—Solo son capaces de hacerlo cuando atacan. Los que caigan bajo nuestras balas de anestésico, no podrán hacer más que esperar que les clavemos el estilete.

—Está bien.

Se habían colocado en posición y no separaban los ojos de los animales-cebo, que seguían haciendo todo el ruido posible.

Los conejos parecían los más tranquilos; pero los perros se debatían, ladraban e intentaban escapar de los palos que les sujetaban fuertemente al suelo.

Todos ellos llevaban minúsculas escafandras, ya que la atmósfera de Marte los hubiese matado en pocos minutos. Y eso es lo que había ocurrido con uno de los conejos que, habiendo legrado deshacerse de la máscara con sus inquietas patitas anteriores, yacía inmóvil sobre la tierra rojiza del desierto.

Hacía un rato que esperaban cuando la voz de Taum sonó cerca de ellos:

—No tardarán mucho, aunque tenemos aún unos minutos por delante. Y para aprovecharlos, deseo decir que anoche, señor Oppel, escuché la acusación que me hacía.

Charles se volvió hacia el cazador. Su rostro, blanco como el papel, era perfectamente visible a través de la escafandra espacial.

—¿Yo?

—Sí. Usted dijo que desconfiaba de mí, acusándome como

probable asesino de miss Henderson. ¿No fue así?

—Yo... la verdad... —balbució el desdichado.

—No me gustan los hombres como usted, señor Oppel. Si me hubiese acusado, cara a cara, me hubiera parecido más normal ya que, indudablemente, uno de nosotros ha debido clavar el estilete en el corazón de la infortunada señorita Lucy.

—¡Yo no dije nada!

—Sí. Usted dijo demasiado. Y ahora quiero hablar yo y decirle, a vez, que pude, gracias a ciertas precauciones, escuchar la conversación que la señorita Henderson y usted sostuvieron en mi casa.

—¿Qué significa esto? —inquirió Silver—. ¿Se dedica a escuchar desde detrás de las puertas, Taum?

El cazador sonrió.

—Nunca lo hice, señor Silver. Pero tampoco, permito que se me acuse.

—Eso lo comprendo. Y les ruego, a uno y a otro, que den por terminada esta desagradable conversación. ¿No les parece?

Taum asintió con un gesto.

Momentos después, tras un silencio que parecía cargado de extraños presagios, oyóse nuevamente la voz del cazador.

—Ya se acercan; prepárense.

El sonido era aún débil, apenas perceptible; pero, poco después, pudieron ver las formas oscuras que avanzaban arrastrándose por el suelo y que Fred identificó enseguida:

—¡Son coleópteros! ¡Escarabajos!

Así era.

Un par de docenas de aquellos descomunales insectos avanzaban lentamente hacia los animales-cebo, cuya inquietud se iba convirtiendo paulatinamente en terror.

Los escarabajos eran ciertamente gigantescos y podían tener hasta cerca de metro y medio de alzada. Sus dorsos brillaban a los rayos del sol, ofreciendo un colorido magistral, que hacía que fuesen bellos, a pesar de su aspecto terrible y acusadamente monstruoso.

—Esa —dijo Taum— es la forma en que suelen conservarse como trofeos. Una vez vaciados sus órganos internos, pueden colgarse en las habitaciones, donde causan una impresión de indudable belleza. Además, su colorido es aún más hermoso en la Tierra, debido seguramente a cualidades especiales de nuestra atmósfera, que la de Marte no posee.

—¡Son preciosos! —exclamó Silver, ciertamente entusiasmado.

—No olviden, en cuanto empiecen a devorar los cebos, que han de disparar a uno o dos palmos de la cabeza. El chorro de anestésico, al salir de las cápsulas, los atonta enseguida. Afinen la puntería y disparen aprisa, ya que todos los que no sean paralizados se lanzarán

enseguida contra nosotros.

—Son muy lentos —opinó Fred.

—Ahora sí —repuso el cazador—; pero en cuánto se metamorfoseen, convirtiéndose en insectos alados, serán mucho más rápidos que los aviones más veloces. Y no olviden que, convertidos en mosquitos, son capaces, de un solo picotazo, de sacar un litro de sangre de nuestros cuerpos.

Charles se estremeció.

Estaba profundamente molesto por las palabras de Taum, al que tenía cada vez más miedo. Y maldecía que, por las especiales características de aquella cacería, no les hubiesen cargado las armas de balas verdaderas, que solo Taum tenía, y que le hubiesen dado la ocasión de matar al cazador en cualquier momento.

Poco a poco, se iba considerando acorralado y se prometía ser prudente y silencioso hasta que se le presentase la oportunidad de contestar de una manera adecuada y definitiva al ataque directo de Taum.

«En cuanto regresemos a la astronave —se dijo—, no me separaré de mi rifle y mi pistola y estaré preparado para eliminar a ese puerco que se cree demasiado listo».

Y sonrió, seguro de que todavía podría demostrar que con Charles Oppel no se jugaba gratuitamente.

Fue en aquel momento cuando Taum lanzó el aviso final:

—¡Preparados!

En efecto, los coleópteros estaban ya junto a sus víctimas y algunos de ellos, levantándose sobre los dos pares de patas posteriores, se habían dejado caer sobre conejos y perros, sujetándolos con las dos patas anteriores. Las antenas vibraban rapidísimamente, como si expresasen su alegría ante el festín inesperado y las enormes bocas, formadas por piezas córneas articuladas, cortaban y decapitaban ya de una manera impresionante.

—¡Fuego!

Sonaron los estampidos de las armas, sin interrupción y estallaron las cápsulas junto a los insectos marcianos, haciendo que muchos de ellos se quedasen bruscamente inmóviles, como raras estatuas, como monstruosos fetiches de una civilización pasada.

—¡Más aprisa! —rugió Taum.

Sin embargo, y a pesar de los disparos graneados de los miembros de la expedición, cinco o seis coleópteros cambiaron bruscamente de forma, convirtiéndose, de una manera sorprendente, en mosquitos de aquel tremendo tamaño, que se remontaron rápidamente en el espacio.

—¡Hay que utilizar los estiletes! —gritó Taum—. ¡Usted, Charles, vaya a rematarlos! Yo le protegeré con mi fuego.

Dudó un poco Charles, pero, finalmente, salió corriendo, con el estilete en la mano, hacía el lugar donde yacían inmóviles los insectos que habían, sufrido los efectos paralizantes de las cápsulas, junto a los cadáveres destrozados de los animalitos que les habían servido de trampa.

Pronto llegó junto a ellos.

Oppel demostró haber aprendido perfectamente la lección y empezó a distribuir rápidos y certeros puntillazos.

—¡Cuidado! —gritó Fred.

Acababa de ver que dos de los gigantescos mosquitos se lanzaban, en un impresionante «picado», hacia Charles. El silbido de aquellos descomunales insectos llenó el aire, haciendo que Fred se estremeciese.

Taum disparó serenamente, demostrando una puntería extraordinaria y los dos mosquitos saltaron, en trozos, alcanzados de lleno por las balas

Charles continuó su labor, deseando terminar cuanto antes. Por un momento, al ver aquellos dos bichos abalanzarse sobre él, creyó haber caído en la más estúpida de las trampas; pero, al comprobar la puntería de Taum, se atrevió a sonreír.

«Es un pobre imbécil», se dijo, convencido de ello.

Otro mosquito intentó caer sobre Oppel y fue igualmente derribado por un certero disparo de Taum.

Fue entonces cuando un nuevo grupo de mosquitos, venidos de lejos, se unió a los pocos que quedaban, cuando el cazador se puso en pie.

—¡Señor Oppel!

El otro, que le oía perfectamente, a pesar de la distancia, gracias a la radio de que cada uno iba dotado, levantó, no obstante, la cabeza, mirando hacia las rocas donde se encontraban los otros.

—¿Qué hay, Taum? —inquirió con ingenuidad.

—Sé que usted ha matado a Lucy.

—¡Está loco!

—Espere. Eche una ojeada hacia arriba. Hay dos docenas de mosquitos que están esperando el momento de echarse sobre usted. Además, nunca logrará llegar hasta aquí. Así que no le queda más remedio...

Hizo un disparo, destrozando a uno de los asaltantes, prosiguiendo después:

—Le digo que no tiene más remedio que decir la verdad. Si es sincero, le dejaré llegar hasta aquí.

Silver se había vuelto hacia el cazador. Seguro que si su rifle hubiese tenido balas de verdad, lo hubiera disparado contra Taum.

—¿Qué significa esto, Taum? —rugió, rojo de cólera.

—Cállese ahora, míster Silver —dijo el hombretón—. He sido acusado y deseo saber la verdad, aunque yo ya la sabía hace tiempo.

Harry volvió los ojos hacia la diminuta figura de Charles que, allá abajo, debía estar pasando unos instantes de indecible horror.

Dos disparos más y una pareja de mosquitos saltó en el aire, hecha pedazos.

—¡Estoy esperando, señor Oppel!

Transcurrieron aún unos segundos y, finalmente, la voz ahogada de Charles llegó claramente hasta ellos:

—Sí… fui yo… ¿Puedo regresar ya?

—Un momento —dijo Taum—. Quiero que diga el motivo.

Otro largo silencio, durante el cual, el cazador mató tres insectos más.

—Lucy y yo estábamos de acuerdo para que ella se casase con Harry. Yo tenía que llevarme a Yolanda… ¿Puedo volver, Taum? ¡Ya no puedo más!

—¡Perro! —rugió Harry—. ¡Asqueroso traidor! ¿Para qué quería Lucy casarse conmigo? ¿Por el dinero?

—Sí —dijo la voz del otro, cada vez más débil—. Pensábamos matarte, de manera que ella, tu viuda, lo heredase todo… ¡Perdóname, Harry! ¡Todo eso era una locura!

Taum se volvió hacia el millonario.

—Usted es el jefe de la expedición, señor Silver. ¿Qué hacemos con ese canalla?

—¡Mátalo, Taum; es una orden!

—¡¡¡No!!! —rugió la voz enloquecida de Charles.

—Yo no puedo matarlo, señor Silver; pero —una sonrisa entreabrió ligeramente sus labios—, no hace falta que lo matemos. Los insectos se ocuparán de él.

Charles, que había oído las últimas palabras de Taum, que le condenaban irremisiblemente, echó a correr hacia las rocas, buscando en ellas su única salvación.

Desde lo alto, al ver correr a su presa, los furiosos mosquitos se lanzaron, esta vez en denso grupo, no tardando en caer sobre su desdichada víctima.

Fred se mordió los labios, pero no los despegó.

Un alarido infrahumano vibró en los auriculares de los tres hombres; después, el cuerpo de Charles Oppel desapareció bajo el batir de unas alas finísimas que parecían golpearle incesantemente.

CAPÍTULO IX

PASÓ Yolanda la tarde en su habitación, resignada a esperar la vuelta de los cazadores y sinceramente arrepentida de haber formado parte de aquella loca expedición.

No obstante, tenía confianza en Fred, al que había considerado, hasta entonces, influida por el ambiente general que había calificado al joven como lo que ella había creído: un cobarde y un inútil.

Ahora no confiaba más que en él.

Tenía que afianzarse en aquel muchacho, pues los otros dos, Charles y Harry, no tenían ya nada en común con ella, sobre todo el último, cuyo despiadado corazón había descubierto la muchacha poco antes.

En cuanto a Taum, Yolanda, a pesar de una cierta simpatía que había sentido por él, seguía causándole miedo y le consideraba como un hombre tan terrible como misterioso.

Las horas que estuvo en su habitación le parecieron interminables; por eso, un poco antes de que anocheciese, decidió salir, armándose con la pistola que Larman le había dejado.

Estaba segura de que su miedo cedería un poco al poder moverse libremente por la astronave, recorriendo sus galerías profusamente

iluminadas, en vez de permanecer encerrada en su cabina, sin saber qué hacer, mirando insistentemente hacia la puerta, con un vago temor clavado en el alma.

La astronave estaba en silencio y aquello impresionó un poco a Yolanda que, poco después, cuando hubo llegado al salón y encendido un cigarrillo, se sintió completamente tranquila, riéndose de sus propios temores y considerándose como una estúpida.

—¡Qué necia soy! —se dijo, en voz alta—. ¿A qué puedo temer en el interior de este aparato, donde todo es seguro y cuyas puertas están herméticamente cerradas?

Se sirvió una bebida y, ya completamente serena, empezó a recorrer los pasillos por donde tanto había paseado durante los largos viajes espaciales que habían hecho.

«¿Por qué no aprovechar la ocasión para visitar totalmente la astronave en los lugares que aún no conocía?» —se dijo.

El respeto a Taum había lecho que ninguno de los viajeros conociese exactamente el aparato que les había servido de mundo durante aquellas semanas. Y la curiosidad de Yolanda creció hasta lo inimaginable, diciéndose que no podía, en forma alguna, desaprovechar una ocasión que tan magníficamente le brindaba el azar.

Abandonó la parte conocida del aparato y descendió por la escalera que bajaba hacia lo que podía considerarse como las bodegas de la astronave. La misma luz intensa reinaba por doquier.

Lo primero que visitó fue el laboratorio de Taum, donde permaneció largo tiempo, ensimismada en la contemplación de todos los aparatos que allí había y mirando los restos de la caza que habían conseguido y que el cazador había preparado tan magníficamente.

Los libros de las estanterías le demostraron que Taum era una persona muchísimo más culta de lo que su tosco aspecto hacía creer. Después, al leer las notas escritas, en uno de los cuadernos, cuajados de cifras, sintió un frío en la espalda, al comprobar que el cazador era mil veces más rico que el mismo Harry.

Entonces…

No se explicaba claramente la esencia de aquel hombre y presentía un extraño misterio que debían envolverle por completo.

Abandonó el laboratorio, sumida en confusas y contradictorias ideas, descendiendo aún más, hasta encontrarse en la base de la astronave, junto a las cámaras donde se guardaban los animales destinados a cebo y, un poco más allá, los depósitos de víveres y municiones.

La vista de los animalillos, a los que una máquina especial daba de comer y beber automáticamente, la sumió en delicados y dulces recuerdos de la Tierra, lamentando que aquellas pobres bestias

estuviesen destinadas a tan horrendo sacrificio.

Se detuvo ante cada jaula, diciendo algunas palabras sencillas y sentidas a los animales, que la miraban con los ojos muy abiertos, ya que no era aquella una costumbre de su dueño.

Cuando llegó al final de la galería, cuyas paredes laterales estaban repletas de jaulas, tropezó con una puerta que no ofrecía manillar ni pomo alguno, pareciendo, a simple vista, más sólida que las demás.

Intentó empujarla, sin obtener resultado alguno.

Sin saber exactamente por qué, aquella puerta la atraía de una manera extraña, como si al otro lado estuviese la explicación de tantas y tantas cosas que ella se preguntaba desde que había conocido a Taum.

Y también sin saber por qué lo hacía, golpeó suavemente la superficie metálica de la puerta.

Al principio, no oyó nada.

Pero después, al cabo de unos minutos, le pareció sentir una «presencia» animada al otro lado.

Y cuando respondieron a sus golpes, imitando el ritmo y la frecuencia, Yolanda estuvo completamente segura de que, al otro lado, había alguien.

¿ALGUIEN?

Sonrió, intentando aparcar de su mente todas las fantásticas imágenes que le presentaba su viva imaginación.

¿No serían otros animales que, como los que la rodeaban, estaban destinados a las cacerías de Taum?

Estuvo a punto de auto convencerse; pero, casi enseguida, rechazó la idea de plano.

¡No podía ser!

Ningún animal, por inteligente que fuese, repetiría los sonidos que ella había provocado sobre la puerta, al golpearla, con la precisión con que habían sido imitados.

¿Qué podía haber al otro lado?

Fue entonces, cuando intentaba nuevamente, reuniendo todas sus fuerzas, empujar la sólida puerta, cuando oyó la llegada de los cazadores que, en aquel momento, pisaban el pasillo central de la astronave...

El miedo hizo que la sangre se le helase en las venas.

Era ya imposible retroceder, ya que tropezaría con ellos, al intentar llegar al puente superior de la nave. Por otra parte, si Fred comprobaba que no estaba en su habitación, daría la voz de alarma y Taum no tardaría en descubrirla en aquella zona, que debía ser el «sancta-sanctorum» del cazador.

Se dirigía, medio alocada, hacia la salida de las bodegas, cuando oyó, con una claridad tremenda, los pasos de Taum que,

calmosamente, bajaba por la escalerilla que constituía la única salida de aquel lugar.

Fue a retroceder, dispuesta a ocultarse en cualquier sitio —y sintiendo que los latidos de su corazón le golpeaban frenéticamente el pecho—, cuando descubrió la minúscula escalerilla metálica, en cuya existencia no se había fijado aún.

Y, sin dudarlo ni un solo segundo, jugándose el todo por el todo, subió velozmente por los escalones metálicos, hasta que llego a un oscuro pasillo por el que avanzó, con los nervios a flor de piel.

El pasillo, cuyo suelo le pareció rayado, terminaba bruscamente y la muchacha se pegó contra la pared, sintiendo que sus manos estaban empapadas en el mismo sudor frío que le corría por las sienes.

Permaneció quieta, sin osar hacer el menor movimiento.

Los pasos del cazador resonaban bajo ella con un eco lúgubre. Y su corazón proseguía latiendo con tal inusitada fuerza, que temía, por momentos, que el ruido de aquellos latidos llegase hasta los oídos de Taum, descubriéndole su presencia en aquel lugar desconocido.

Oyó cómo el cazador recorría la galería de las jaulas y cómo se detenía ante la puerta que ella intentaba abrir poco antes. Una emoción, en la que la curiosidad iba abriéndose paso lento más seguramente, logró tranquilizarla un tanto y los latidos de su pecho volvieron a sonar rítmicamente, normales.

El «clik» que hizo la puerta al abrirse la sumió en un estado de excitación extraordinaria. Después, inesperadamente, un resplandor la iluminó, procedente de la parte inferior del pasillo.

Se aterrorizó.

Su miedo cedió, no obstante, en cuanto se percató de que aquella iluminación procedía de abajo y que penetraba por las fisuras del suelo, dándose entonces cuenta de que el pasillo formaba la parte superior de una gran jaula.

Los pasos de Taum sonaban exactamente bajo ella.

Tenía tanto miedo, que seguía con los ojos cerrados, los cerró al ver la inesperada luz rayada, sin atreverse a echar una ojeada hacia abajo.

Fue entonces cuando oyó una serie de gemidos.

Su mente se iluminó como bajo el resplandor del más cegador de los soles. Porque, al oír aquellos lamentos, recordó su completa identidad con los que había oído el día anterior y que la habían atraído hacia la puerta de la cabina de Lucy.

Fred le había explicado que la muchacha había muerto, pero no le había contado el escalofriante detalle de los pies. De todas maneras, Yolanda seguía, plenamente convencida de que había tropezado contra «algo», cuando se detuvo ante la puerta de la cabina de Lucy.

El restallar de un látigo hizo que se estremeciese de pies a cabeza,

como si el golpe le hubiese sido dirigido personalmente. Al mismo tiempo, los gemidos aumentaron de tono y ella, sin poder resistir la curiosidad, abrió los ojos y miró hacia abajo.

Tuvo que cubrirse la boca para no lanzar el alucinante aullido que pugnaba por brotar de su garganta.

Taum estaba allí...

Pero no era la colosal silueta del cazador, ni el largo látigo que tenía en la mano, sino las extrañas criaturas que, amontonadas contra uno de los rincones, intentaban evitar los golpes que certeramente caían sobre ellos.

Aquellos seres...

Eran como niños, pero sus rostros, que la fuerte luz de la jaula iluminaba plenamente, hacía pensar en monos jóvenes, aunque carecían de pelos y sus rasgos tenían un no sé qué de humano, que causaba una dolorosa sensación al contemplarlos.

Otro latigazo.

Y, de repente, la voz fuerte de Taum se dejó oír:

—¿Por qué habéis salido de la jaula, malditos? Os dije que os daría carne suficiente para hartaros... ¡Pero no pudisteis resistir el olor que despedía el cuerpo muerto de Lucy!

Nuevos latigazos cayeron sobre ellos.

—¡Habéis estado a punto de ser descubiertos y causarme un perjuicio enorme! ¡Os dije que tuvieseis un poco de paciencia! ¡Ya comeréis! Todos los miembros de esta expedición, como los de otras desaparecidas misteriosamente, os pertenecen... ¡Todos, menos esa joven con la que tropezasteis y que debe ser solamente mía!

El látigo seguía cayendo sobre los desnudos cuerpos de los humanoides.

—¡Merecíais quedaros en Venus, a trabajar en las minas de uranio, como los otros! Esos no ven mucha carne y, sin embargo, están contentos cuando les llevo un poco... En cambio, vosotros, que la probáis casi constantemente, habéis estado a punto de perderme...

Los golpeaba con furia, sin hacer caso de los lamentos que brotaban de aquellas infantiles gargantas.

Yolanda estaba muda de, terror.

—¿Creéis, imbéciles, que me expongo por vosotros, cazando hombres en la Tierra para que después me deis este pago?

La muchacha no podía más.

Y entonces, sacando fuerzas de flaqueza, extrayendo energías de su propio terror, empezó a avanzar, suavemente, hacia la escalerilla. Los ruidos de los latigazos, la voz de Taum y los lamentos de las espeluznantes criaturas, se fueron amortiguando hasta perderse del todo, cuando logró subir, como una exhalación, la escalera que conducía a la parte alta de la nave.

Y una vez allí, no dejó de correr, precipitándose hacia la puerta de la cabina de Fred, que aporreó insistentemente.

El joven abrió la puerta y ella entró, con la cara desencajada.

—¿Qué te ocurre, Yolanda?

—¡Cierra la puerta, por favor!

Obedeció el joven.

Entonces, la muchacha, sin poderse contener, se echó en sus brazos, estallando en un llanto histérico que abría la válvula de su terror, sostenido y reprimido hasta entonces.

Tardó muchísimo tiempo en serenarse y Fred se, vio obligado a servirla de beber varias veces y a dárselo en la boca, ya que las manos de ella temblaban demasiado para sostener el vaso sin derramar el líquido que contenía.

Finalmente, y con una voz que entrecortaban los sollozos, contó detalladamente a Fred cuanto había visto y oído.

* * *

Harry se había ensombrecido paulatinamente, pero su misma testarudez le hizo decir aquella tarde, cuando se reunió con los otros dos en el salón, que la cacería debía proseguir.

—Estoy satisfecho, hasta ahora —dijo— de todos los trofeos que hemos obtenido; pero no me perdonaría si en uno de mis salones de mi casa de Nueva York no hubiese la cabeza de uno de esos humanoides... ¿Como son, Taum?

Fred parecía ensimismado, con el cigarrillo en la boca.

—Son como niños —dijo el cazador—, pero como niños feroces, que estoy casi seguro que se alimentan, cuando les es posible, de carne humana.

—¿Quiere usted decir que son antropófagos?

—No es eso, exactamente, ya que no se devoran entre sí; pero, de todos modos, creo que son los responsables de haber acabado con una especie humana que habitó en Venus, hace siglos.

»Desde que comieron al último humano de aquellos, no han vuelto a satisfacer debidamente su apetito y se alimentan de plantas, ya que no existen otras especies animales en el planeta; pero, cuando echan la mano a un ser humano, puede usted decir que lo celebran como un día festivo y se lo comen sin prisas, lentamente, para que les dure más. ¿Qué le parece, señor Larman?

Fred se sobresaltó al oír cómo le interpelaban.

—Todo eso es muy curioso —dijo—. Tan curioso, que pienso escribir algo cuando regrese a la Tierra, si es que volvemos alguno de nosotros.

Taum frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Hasta ahora, hemos tenido muy mala suerte…

—No estoy de acuerdo —intervino Harry—. Lo que nos ha ocurrido es perfectamente explicable: lo de Lucy fue el castigo a su propia maldad y lo que pasó con Charles, el acto de justicia mejor que he visto en mi vida.

—No hay dos sin tres.

—¿Por qué se muestra usted tan pesimista, Larman?

—Soy así.

Salieron del salón, poco después, dirigiéndose hacia el observatorio de proa, ya que Taum deseaba que viesen, desde allí, el paso lejano de la Tierra, con la que se cruzaban en su camino hacía Venus.

Yolanda se había unido a ellos, pero se mantenía junto a Fred.

—Miren nuestro querido planeta.

—¿Cuál es? —inquirió Harry.

—Aquel.

—¡Parece una estrella!

—Es que nos está enviando, reflejada, la luz solar.

Yolanda, que no había abierto los labios hasta entonces, dijo con entusiasmo:

—¡Es el más hermoso de todos!

Taum la miró, enarcando las cejas.

—¿Usted cree, señorita?

—¡Seguro!

El cazador se encogió de hombros.

—Lo único que lamento —dijo— es haber nacido tan pronto. Dentro de unos cientos de años, seremos capaces de salir del estrecho espacio de nuestro Sistema. Las astronaves volarán por el verdadero cosmos y descubrirán los astronautas mundos inimaginables, cuya belleza llenará de gozo sus corazones… ¡Sí, hemos nacido demasiado pronto!

—Yo no soy tan entusiasta como usted —dijo Fred.

—¿Se puede saber por qué?

—Es difícil contestar a esa pregunta; pero, desde luego, valdrá más que el Hombre no salga de su Sistema.

—¿Usted cree?

—Estoy plenamente convencido de ello. Hasta ahora, no hemos hecho más que llevar nuestra maldad al espacio. Mundos tranquilos o no, vivían en su fortuna o su desgracia, pero libres de nuestra maquiavélica influencia. Ahora, nuestro Sistema ha sentido el paso del hombre y las huellas que este ha dejado sobre los planetas ha sido siempre una huella roja, cinta en sangre.

—¡Es usted un pesimista inveterado!

—Puede ser.

La Tierra se alejaba velozmente y ya no era más que un punto brillante entre los otros infinitos ojos que parecían contemplar severamente el veloz paso de la astronave.

CAPÍTULO X

ATERRIZARON en Venus, planeta que la Comisión del Sistema había considerado también inhabitable y que, por una de las operaciones del cazador, había pasado a ser feudo particular, Venus, sin embargo, no era un mundo vacío; pero su densa atmósfera, que dejaba caer millones de toneladas de agua sobre las tierras cada año, lo hacía insalubre y, enfermizo para la naturaleza humana, cualquiera que fuese el medio de defensa imaginado para resistir allí.

Yolanda, como de costumbre y siguiendo las instrucciones de Fred, se negó rotundamente formar parte de la expedición. Y la noche en que aterrizaron, disponiéndose a salir a la mañana siguiente, se reunió con Larman, en la cabina del joven.

—No debes moverte de tu cabina por nada del mundo —le dijo él.

—No te preocupes. Me ha bastado con una lección; pero, de todos modos, tengo miedo.

—¿A qué?

—A que ninguno de vosotros regreséis.

—Eso ya lo veremos. Anoche, durante la última parte del viaje, bajé a la bodega y cogí municiones verdaderas. Aquí te dejo unas cuantas y yo me llevaré el resto, ya que no quiero que nos haga, a Harry y a mí, la misma jugarreta que a Charles.

—¿Pero él era culpable, verdad?

—No importa. Taum no es quién para tomarse la justicia por su mano. Evidentemente, deseaba demostrarnos que Oppel era un asesino y Lucy una aventurera; pero, en realidad, lo que quería es que siguiésemos ignorando que lleva humanoides en la astronave.

—¿Crees que los soltará?

—No lo sé. Tú, por si acaso, tienes que estar en guardia.

—No saldré de la cabina.

—Eso es. Y, por si alguna causa, esos humanoides intentan abrir la puerta, disparas a su través.

—Así lo haré —dijo firmemente ella.

Poco después, Fred la acompañó hacia su cabina, despidiéndose después.

A la mañana siguiente, se hicieron los preparativos para la caza. Taum distribuyó las municiones, ya que las armas las guardaba cada uno en su habitación y Fred, alejándose un momento de allí, con un pretexto cualquiera, se percató de que las balas que le había entregado el cazador eran defectuosas.

Su sospecha se convirtió en seguridad.

Cambió las municiones por las que había cogido de la bodega y, tras despedirse de la muchacha, salió, en compañía de los otros, de la astronave, viéndose envuelto inmediatamente por la lluvia que, en forma de constante diluvio, caía del cielo.

—¡Vaya tiempecito! —comentó Harry.

—El de siempre —dijo Taum.

Se habían puesto un calzado especial, una especie de amplias raquetas, que les permitía moverse sobre la resbaladiza superficie del fango que cubría el suelo.

—¿No deja nunca de llover?

—Nunca. Fíjese, Harry, en que el suelo ha sido lavado por los torrentes y que, fuera de la superficie de barro que pisamos, hay, debajo, una capa de roca que salva el suelo de hundirse definitivamente.

—¿Que es esta roca?

—La base dura del planeta. Es más que posible que aquí, donde pisamos ahora, haya existido una montaña tan alta como el Everest; pero miles de siglos de lluvia son capaces de convertir un planeta en lo que han transformado a este, en una superficie lisa de la que únicamente se elevan aquellas rocas que han resistido, por su excepcional naturaleza, el embate de esta especie de oleaje que les llega del cielo. Antes dije que no dejaba de llover nunca; pero, en realidad, hay momentos de calma, no más de una veintena de horas de nuestro reloj, al desaparecer el agua de las nubes. Un ligero viento se lleva sus restos... hasta que, casi enseguida, llegan otras y la función se reanuda.

Le parecía imposible a Fred que aquel hombre pudiese hablar tan tranquila y reposadamente, cuando —de esto no tenía ninguna duda Larman— se disponía a jugar su última carta, deshaciéndose de ellos dos, Fred y Harry, que eran los únicos que quedaban por eliminar.

Fred había observado cuidadosamente el camino que recorrieron desde que salieron de la astronave ya que, de no haberlo hecho, la lluvia lo hubiera despistado por completo.

Los trajes espaciales les protegían completamente de la densa cortina de agua Que continuaba cayendo; pero, a pesar de su protección, el vapor de agua les hacía sentir la tremenda humedad que allí reinaba.

—Casi ninguna planta —explicaba en aquel momento el cazador — ha podido resistir este infame clima. Y las que han conseguido sobrevivir, lo han logrado gracias a la evolución de sus raíces, amplias hasta de medio metro, que se incrustan en las rocas del subsuelo. El resto de las especies ha sido barrido de la superficie del planeta, arrastrado por las aguas, en la época en que los desniveles, ahora no existentes, permitían corrientes, que se movían de un lado para otro. Ahora Venus no se ha convertido en un mar, porque los orificios del suelo absorben casi la totalidad del líquido que no cesa de caer del cielo.

Momentos más tarde, Harry inquirió:

—Y esos humanoides ¿dónde diablos los encontraremos?

—Hemos llegado, justamente —dijo Taum.

Y señalando unas rocas, no lejos de allí.

—Ese va a ser nuestro puesto. Ustedes dos se prepararán: mientras yo, que conozco mejor el terreno y puedo moverme fácilmente por él; les empujaré la caza hacia ustedes, que no tendrán más que ir disparando.

—¿Van armados los humanoides? —inquirió Fred, con una inocencia perfectamente disimulada.

Taum rio.

—No. Son mucho más primitivos que nuestros antecesores, los hombres prehistóricos. De todas formas, he de advertirles que se mueven rápidamente, lo que quiere decir que hay que disparar aprisa.

Habían llegado a las rocas y los dos jóvenes se colocaron de la forma que el cazador les indicó.

—Yo los asustaré para que vengan hacia acá; después nos reuniremos.

—Está bien —repuso Harry.

Cuando Taum hubo desaparecido detrás de la barrera gris de la lluvia, Fred tocó el brazo de su compañero.

—¿Qué quieres? —dijo este, mirándole de soslayo—. No tendrás miedo, ¿verdad?

El brillo de los ojos de Fred debió demostrarle que no.

—¡Déjate de estupideces, aunque no sea más que por una vez en la vida! —rezongó Larman—. Y mira los cartuchos que te ha dado ese hombre.

Sin comprenderlo del todo, Harry abrió su rifle, extrajo una bala y la observó, sopesándola con cuidado.

—¡Está descargada! —exclamó.

Fred sonrió y esperó a que el otro concluyese por darse cuenta de todo, pero Harry se limitó a decir:

—¿Qué significa esto?

—Pronto lo verás; pero, por el momento, toma y carga tu rifle como es debido. Vamos a necesitar buenas balas, no para cazar, sino para defender la vida.

—¿Quieres hacerme creer que Taum desea asesinarnos?

—Yo no quiero que creas en nada. Los hechos te lo explicarán de una manera muchísimo más clara que yo.

—¿Qué va a pasar?

Fred sorprendió un tono inequívocamente temblón en la voz de Harry. Indudablemente, Silver sentía miedo, quizá por vez primera en aquella expedición.

—Colócate a mi espalda y abre bien los ojos. Así, espalda contra espalda, no podrán atacarnos sin recibir lo que merecen.

—Pero... ¿quién va a atacarnos?

—Los humanoides. Nuestro querido Taum nos ha regalado a ellos.

—¿Para qué?

Fred sonrió y contestó sin volverse:

—¿Recuerdas el pie de Lucy?

—Sí.

—Pues fue devorado por unos humanoides que Taum lleva, como servidores, en la astronave.

—¡Imposible!

—No lo creas. ¿Recuerdas aquel servicio rápido en la casa del cazador? Nos extrañó a todos que viviese completamente solo... Y, en realidad, no lo estaba: los humanoides, para nosotros invisibles, pues procuran evitarnos, eran sus fieles servidores.

—Yo no puedo creer...

—¡Atención! ¡Ahí están!

Así ocurría, en efecto.

Minúsculas masas se movían rápidamente por entre la lluvia, y Harry tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para distinguirlos, ya que parecían poseer el mismo color que la tierra y el agua formaban junto al suelo.

—Dispara tranquilamente —le dijo Fred— y olvídate de todas las instrucciones que nos ha dado Taum. Si esos hombrecillos se nos echan encima, acabaremos en sus estómagos.

—Lo haré como me dices —repuso el otro.

Casi en el mismo instante, Harry disparó dos veces seguidas y Fred se volvió solo para ver que dos de las siluetas se desplomaban sin

vida.

—¡Bravo, Harry! ¡Así se hace!

También disparó él y muy pronto fue, un verdadero fuego graneado el que surgía de las rocas. Uno tras otro, los minúsculos y rápidos asaltantes iban cayendo para no levantarse más.

Hasta que el último se hundió, de bruces, sobre la capa de barro que cubría el suelo.

—Me parece que hemos terminado —dijo Fred.

—Eso creo yo también —suspiró Harry.

Y la sonrisa que ornaba su rostro convenció a Larman de que el joven se había dado cuenta del peligro por el que habían pasado.

—¿Te das cuenta —recalcó, no obstante— en cuál hubiese sido nuestra suerte con las balas que nos dio ese granuja?

—Tienes razón.

Y después de una pausa:

—¿Qué hacemos ahora?

—Regresar a la astronave, a toda velocidad. Él debe de estar casi completamente seguro de que hemos sido devorados y volverá junto a Yolanda, que es lo que más ardientemente desea.

—¿Cómo lo sabes?

Y, rápidamente, Fred contó a su amigo lo que la muchacha había visto y oído en aquel horrible pasillo de suelo enrejado que había sobre la jaula de los humanoides.

—¡El muy canalla!

—Volvamos. Hemos de evitar que ese granuja abandone Venus, dejándonos aquí. De nada nos serviría entonces el pequeño triunfo que acabamos de obtener.

Iban a ponerse en camino cuando, bruscamente, el agua cesó de caer y un rayo de sol, fuerte y brillante, atravesó la delgada capa de nubes, que un viento ligero empujaba hacia lo lejos.

Pudieron ver entonces los cadáveres de sus enemigos y se acercaron a uno de ellos, para contemplarlos de cerca.

—¡Es un ser humano!

—Lo parece; pero aunque lo fuese, Taum no hubiese dudado en emplearlo contra nosotros.

De repente, los ojos de Fred descubrieron algo y tirando de, la manga de su amigo, le obligó a que le siguiese.

Un poco más allá, el terreno parecía bruscamente cortado a pico. Y abajo, a una treintena de metros, pudieron ver algo que no esperaban, ni muchísimo menos, encontrar allí.

Un millar, por lo menos, de humanoides trabajaban, con máquinas perforadoras, en una excavación a cielo abierto, cuyas dimensiones imponían.

—¿Qué significa esto? —inquirió Harry, con una expresión de

asombro en el rostro.

—Lo que antes te dije que oyó Yolanda. Estos son amigo mío, los más importantes yacimientos de uranio de todo el Sistema. Aquí tienes la explicación de la inmensa riqueza de Taum, que puede llegar, como indudablemente lo desea, a ser el hombre más poderoso del Sistema.

—¡Fíjate en aquellas astronaves de carga!

—Ya las veo. Taum enganchará algunas detrás de su astronave y se enriquecerá más, vendiendo este mineral en la Tierra. Por eso ha elegido un lugar tan apartado como el desierto del Sahara para vivir. Nadie le vigila y él puede hacer lo que le dé la gana.

—¡Cuidado; ahí viene!

En efecto, Taum avanzaba entre los hombrecillos, mirando a un lado y otro. Sus gritos, gracias a los receptores de los dos amigos, eran perfectamente audibles para ambos.

—¡Aprisa, holgazanes! Tengo mucha comida para daros, pero no la probaréis si no termináis pronto de cargar esas astronaves.

Le escucharon y al ver que los humanoides habían terminado su trabajo y que tiraban de las astronaves, llevándolas indudablemente hacia la grande, corrieron deseando llegar antes que el cazador.

Y lo lograron.

Al penetrar en la nave, Fred corrió hacia la cabina de Yolanda y cuando esta abrió la puerta, el joven se abrazó a ella, profundamente emocionado.

—¡Hemos escapado a la trampa, querida!

Cerca de ellos, Harry sonreía.

—Sí —dijo, al terminar de quitarse la escafandra—. Fred me ha dado hoy la más hermosa lección de mi vida. Y, gracias a él, he podido volver aquí.

Se dirigieron hacia la popa, entrando en el salón de observación y echando una ojeada alrededor de la nave, por aquella parte.

La lluvia había empezado a caer nuevamente, pero era muchísimo más débil que antes.

Pronto vieron las negras masas de las astronaves, que los humanoides arrastraban o empujaban, haciéndolas rodar sobre sus trenes de aterrizaje.

—¡Ya están ahí!

—Sí, retirémonos de aquí, no vaya a ser que nos descubran. Tenemos que preparar la trampa para que Taum no sospeche nada.

Y volviéndose hacia la muchacha:

—Tú, Yolanda —dijo Fred—, vuelve a tu cabina y ciérrala como de costumbre.

—Tened mucho cuidado.

Fue Harry quien contestó, con una amplia sonrisa en la boca:

—No padezcas. Ahora, que tenemos todas las cartas en la mano,

no fallaremos, ¿verdad, Fred?

—No.

Se dirigieron a la proximidad de la esclusa de entrada, escondiéndose, armados con los rifles, detrás del repliegue que hacía la escalera metálica que conducía al puente superior.

Y esperaron.

Hasta ellos llegó el sonido característico que hacían los engarces metálicos de las astronaves de carga al unirse las unas a las otras y, finalmente, el ruido de la primera de ellas al unirse con la astronave donde ellos se encontraban.

Poco después, la válvula de ambientación de la entrada emitió su silbido característico…

¡Taum estaba entrando!

Así ocurrió, en efecto.

La alta silueta del cazador apareció en el umbral de la cámara. Se había quitado ya la escafandra y su rostro estaba brillante, sonrojado de felicidad, con una ligera sonrisa de triunfo que entreabría sus labios.

Colgó el rifle de uno de los ganchos de la entrada y se pasó la mano por el cráneo afeitado, como si intentase alisarse unos inexistentes cabellos. Era indudable que se preparaba para ir a ver a Yolanda.

Pero, en aquel momento, la voz de Fred le hizo temblar de pies a cabeza.

—¡Arriba las manos, Taum! ¡Un solo ademán y te lleno la barriga de balas!

El cazador palideció intensamente; sobre todo al ver que Harry salía del otro lado, empuñando su rifle de la misma, amenazadora manera.

Levantó los brazos lentamente.

—¿Qué clase de broma es esta?

—¡No dejes de apuntarle, Harry!

—No te preocupes.

Y ante los maravillados ojos del millonario, Fred sacó un par de esposas que se cerraron, con un click metálico, en las muñecas de Taum.

—Te detengo, en nombre de la Ley.

—¿En nombre de qué?

—En nombre de la Ley. Soy Fred Larman, inspector de la Policía Sideral y encargado de descubrir el misterio de tu vida, Taum, que ahora ya no es ningún misterio.

—¿Tú… usted… policía? —inquirió Harry, pálido como la muerte.

—No te preocupes, amigo. Ya sé que tuve que aguantar mucho a tu lado, pero sabía que ibas a hacer una cacería y por eso aparecí a tu

lado, dispuesto a resistirlo todo, con tal de cazar a este hombre.

—¡Es fantástico!

Le empujaron, después de cerrar herméticamente las puertas de la astronave, hacia el puente superior.

Una vez allí, llamaron a la puerta de Yolanda.

Cuando la joven vio a Taum esposado, miró, con extrañeza, a los dos jóvenes.

—Aquí lo tienes —dijo Fred.

—¿Sabía Yolanda que eras policía? —inquirió Harry.

—¿Policía? —preguntó la muchacha.

—Ya ves que no.

—¿Pero es verdad?

Fred se volvió hacia ella.

—¿Te importa... mucho?

—No, querido; me es completamente igual.

Fue entonces cuando Taum intervino:

—Creo que debo hablar yo ahora. Nadie, excepto yo, puede hacer que esta astronave regrese a la Tierra. Y no moveré un dedo, ni daré explicación alguna, si no se me libera y hacemos un pacto. Yo les dejo en la Tierra y ustedes olvidan todo lo demás.

Fred lanzó una carcajada.

—¿Crees, maldito asesino, que te habría cogido vivo si supiese manejar esta astronave? Pero tú seguirás nuestras órdenes ciegamente.

—¡No lo creas, asqueroso policía!

—Pronto lo verás.

Y volviéndose a Yolanda:

—¿Hiciste lo que, te dije?

Ella asintió con la cabeza.

—Explícaselo bien, querida. Taum tiene dura la oreja.

—Abrí la compuerta para que algunos humanoides entrasen.

—¿Lo oyes, Taum?

El cazador había palidecido.

—Si no pones esto en marcha y nos llevas a la Tierra, te enviaré un rato, no mucho, esposado, a la jaula de tus humanoides, para que prueben el sabor de tu carne.

Taum se mordió los labios.

—Has ganado —dijo.

Y empezó a andar, seguido por los otros, hacia la cámara de pilotaje.

Momentos más tarde, el tren-astronave partía rumbo a la Tierra, arrastrando una verdadera fortuna en uranio.

Harry Silver estaba satisfecho; volvía a la Tierra con un buen montón de trofeos de caza, con una extraña aventura que contar, como actor importante de la misma, y con una lección que no

olvidaría fácilmente y que probablemente cambiaría su carácter y el curso de su vida.

Yolanda y Fred hablaban de sus cosas. Larman tenía mucho que contar a la que en breve sería su esposa; su agitada vida al servicio de la ley y, principalmente, el meticuloso plan trazado para llegar hasta Taum de un modo tan poco sospechoso, cuyo éxito acababa de coronar.

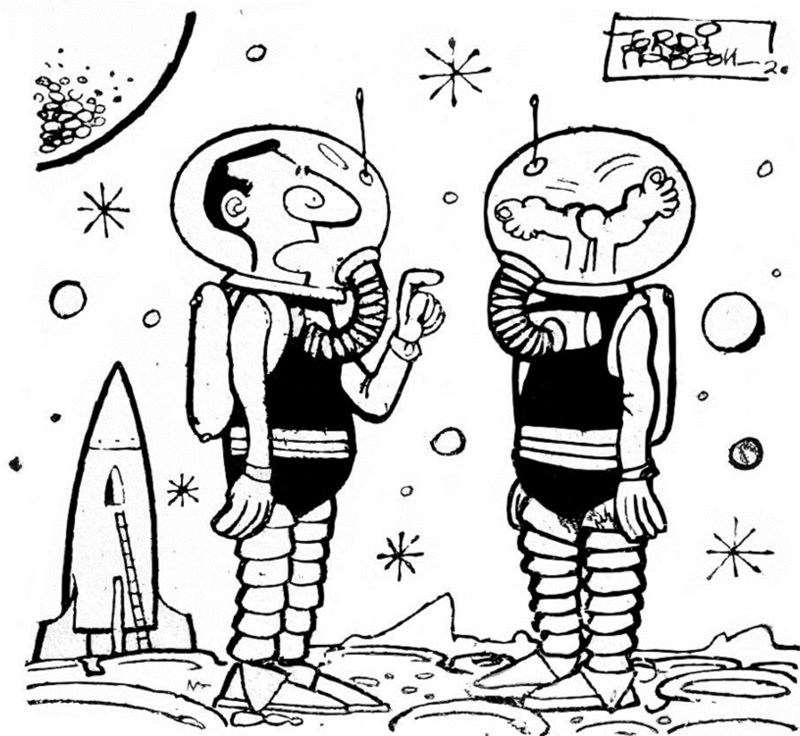
¿Qué hubiese dicho Taum de haber visto la vacía jaula de humanoides, que Yolanda no había abierto jamás?

Pero el cazador estelar estaba demasiado ocupado en llevar la nave bacía un mundo donde le esperaba la fuerza de la justicia; de la que no saldría bien librado.

Taum, cazador del espacio, había sido cazado.

FIN

NUESTROS RECORDATORIOS CON SONRISA



—Oye, ¿Estás seguro de que te has puesto bien el traje de espacio?

Una nueva aventura de KABÉ, el robot de inteligencia humana, en

Justicia robótica

Una nueva creación del extraordinario escritor del espacio CLARK CARRADOS.



¡NUESTROS LECTORES MANDAN Y NOSOTROS OBEDECEMOS!

Por fin podemos atender las numerosísimas peticiones de nuestros

lectores que, últimamente, se habían convertido en un clamor que no podíamos desoír. ¡Vuelve una colección famosa!

Relatos de Guerra

Pero, para corresponder a la amabilidad de quienes con tanto entusiasmo han solicitado su reaparición, queremos superar, si cabe, la etapa anterior y ofrecer al público una colección de novelas de guerra como jamás se ha editado.

Relatos de Guerra

Una colección con las cualidades que ya la hicieron famosa, pero ahora...
¡MÁS AUDAZ! ¡MÁS DINÁMICA! ¡MÁS ESTREMECEDORA! ¡MÁS FORMIDABLE QUE NUNCA!

Pídala en todos Los quioscos y librerías y a EDICIONES TORAY, S. A. Teodoro Llorente, 13 BARCELONA



¡UN LIBRO AUDAZ HUMANO… Y TERRIBLEMENTE ALECCIONADOR!

EL Sr. RIPOIS

Y

LA NÉMESIS

por

LOUIS HEMON

Las mujeres son como incautas mariposas en las redes del señor Ripois. Pero al final de una serie de conquistas casi vergonzosas, el sórdido egoísmo del protagonista encuentra su Némesis vengadora

EL Sr. RIPOIS Y LA NÉMESIS

El mito de «Don Juan», resucitado por el despreocupado cinismo de un alegre

seductor francés, entre las brumas de la puritana Inglaterra.

230 páginas, formato 13’5 X 20’5 Precio: 65 Ptas.

Pídalo en todas las librería y a

EDICIONES TORAY. S. A. — Teodoro Llorente 13

BARCELONA



Colección SEIS TIROS

Y en cada bala un mensaje de muerte y exterminio

Colección SEIS TIROS

Y en cada disparo un hito sangriento en la pugna cruel de encontradas ambiciones

Colección SEIS TIROS

Si no ha leído todavía ningún volumen de esta impresionante colección... ¡HÁGALO AHORA MISMO!

Después de hacerlo solo lamentará una cosa:

HABER DESPERDICIADO SUS MOMENTOS DE OCIO SIN HABERLOS LLENADO DE LA AMENA ATRACTIVA Y VERDADERAMENTE INTERESANTE LECTURA DE SUS VIBRANTES PÁGINAS.

Colección SEIS TIROS

¡Esto es precisamente lo que usted debe adquirir!

¡UN REGALO DE HORAS FELICES!

GENTE ALEGRE

Del gran escritor americano
ROBERT TALLANT

La absurda y un tanto obesa *señora Candy*, el tímido e inocente *señor Petit*, los turbulentos *Blanche* y *Eddie* y el imponderable fantasma del *señor Candy*, son personajes que bajo el irisado prisma de un humor brillante y efectivo, desfilaran para usted en las alegres páginas de este magnífico volumen.

ASÍ QUE LO HAYA USTED LEÍDO, LA VIDA LE PARECERÁ MÁS ALEGRE, EL CIELO MÁS AZUL, LAS FLORES MÁS FRAGANTES Y SU VECINA MÁS GUAPA.

No importa que ría usted con risa de conejo…

SI SE RÍE USTED CON ESTE DIVERTIDO LIBRO… ¡TODAS LAS RISAS SON BUENAS!

PRECIO: 60 Ptas.

Es una selección literaria de EDICIONES TORAY, S. A.



¡USTED OLERÁ A PÓLVORA Y A «WHISKY»!

¡USTED SENTIRÁ EN SU OÍDO EL ARDIENTE ZUMBIDO DE LOS TEMIBLES «COLTS»...!

Porque usted leerá emocionado las narraciones del Oeste de más impresionante realismo.

Colección RUTAS del OESTE

Hombres tenaces, cínicos granujas» aventureros anda ces y mujeres de temple y de abnegada entereza, dejaron en las polvorientas rutas de aquel país que estaba naden do, la esperanzadora semilla de una nueva civilización.

Colección

RUTAS del OESTE

USTED YA SABE QUE LA LECTURA DE TODOS SUS VOLÚMENES ES UNA EMOCIÓN E INTERÉS SIN PRECEDENTES.

Pero si lo ignora todavía...

¡HAGA USTED LA PRUEBA AHORA MÍSMO!

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

72. — Extraños en la Luna. — *Eduardo Texeira*
73. — Un yanqui en la corte del rey Marciano. — *Law Space*
74. — El planeta perdido. — *Louis G. Milk*
75. — El oro de las estrellas. — *Clark Carrados*
76. — La guardia del tiempo. — *Louis G. Milk*
77. — Vampiro estelar. — *H. S. Thels.*
78. — Guerra telepática. — *Law Space*
79. — La guerra de los asteroides. — *Clark Carrados*
80. — Al final del cosmos. — *Law Space*
81. — Satélite artificial. — *Johnny Garland*
82. — Intriga en la Galaxia. — *Louis G. Milk*
83. — Ultrametrópolis. — *Law Space*
84. — ¡Mutaciones! — *H. S. Thels.*
85. — Viaje al centro de Plutonia. — *Clark Carrados*
86. — Persecución en la órbita. — *H. S. Thels.*
87. — El país de los «robots». — *Clark Carrados*
88. — Atentado en el tiempo. — *Law Space*
89. — Pantanos de metal. — *Clark Carrados*
90. — Operación Selene. — *Sylvester Strange*
91. — Los trabajos de Kabé. — *Clark Carrados*
92. — Mundos silenciosos. — *Johnny Garland*
93. — El zoo infinito. — *Clark Carrados*
94. — Microcosmos. — *Law Space*
95. — El trovador de la Galaxia. — *Clark Carrados*
96. — Andrómeda ataca. — *Clark Carrados*
97. — El hombre que nació mañana. — *Johnny Garland*
98. — Objetivo: La Luna. — *Fel Marty*
99. — Justicia robótica. — *Clark Carrados*
100. — Un mundo muerto. — *Red Arthur*
101. — Taum, Cazador estelar. — *Law Space*



Notas

[←1]

La partenogénesis es la reproducción mono sexual, sin, concurso del macho.